

Capítulo I

Telón de fondo: El derrumbamiento de los campos tradicionales

Las dificultades no son nuevas en los campos de la Andalucía mediterránea, ni siquiera, periódicamente, las crisis agudas. Sin embargo, desde hace menos de una generación, el problema de la pobreza, compañera fiel del campesino de aquí, ha cambiado de naturaleza. La crisis desde ahora se ha vuelto tan total que pone en tela de juicio la existencia misma de la mayoría de los pueblos: todos los términos de la vida rural están gravemente alterados, la sociedad se resquebraja, la economía se disgrega sin que aparezcan signos de recuperación; todos los medios se ven afectados, más o menos gravemente, la montaña y las laderas sobre todo, pero también, frecuentemente, las cuencas, consideradas antaño como las más ricas. El campesinado, por primera vez, parece renunciar: la crisis parece insuperable para una agricultura que, salvo en algunos casos excepcionales, desespera de poder evadirse del marco tradicional y no sobrevive más que con recursos extremos.

I. LAS MANIFESTACIONES DE LA CRISIS: LA MARCHA DE LOS HOMBRES

La depresión humana que se acelera se impone hoy como el signo más evidente de la crisis de una sociedad rural minada y poco a poco desorganizada por la emigración.

A) LA DESPOBLACION (2)

Esta afecta actualmente en la Andalucía mediterránea a más de 4 municipios de cada 5 (3), más aún si no se tienen en cuenta

(2) Mignon, C. Notes sur l'évolution récente de la population en Andalousie orientale. *Méditerranée* 1970, núm. 4, págs. 289-319.

(3) En el censo de 1970, el 95% de los municipios «mediterráneos» de la provincia de Granada habían perdido habitantes durante el último decenio, el 84% de los de la provincia de Málaga, el 75% de los de Almería.

los municipios típicamente urbanos. De hecho, salvo algunos minúsculos enclaves privilegiados, la casi totalidad del territorio rural está afectada en grados diversos. La curva que representa la evolución demográfica del conjunto de estas regiones rurales hoy deprimidas subraya claramente la marcha del fenómeno:

- Una lenta subida hasta el máximo de 1950.
- La ruptura desde entonces hacia una caída que se acelera irremediablemente.

La primera mitad del siglo: un lento aumento entre dos crisis. Los principios de este siglo, en efecto, suceden a una primera ruptura, que pone fin en la segunda mitad del siglo XIX a la vigorosa expansión demográfica que desde el siglo XVIII ha permitido a la población de la región duplicarse. Más o menos precoz, más o menos marcado, el fenómeno es general. Corresponde a una ruptura de equilibrio entre los recursos locales, difícilmente extensibles después de las grandes roturaciones, y los efectivos humanos acumulados sobre el terreno durante más de un siglo. Crisis de superpoblación, pues, agravada u originada por el debilitamiento de la misma época de actividades económicas fundamentales hasta entonces: desaparición de la artesanía de la seda (Alpujarra), de las minas (Alpujarra, Serranía de Ronda, Gádor) en la montaña, desastre de la filoxera en las laderas y las llanuras, hundimiento a renglón seguido de la industria y del comercio malagueño. La crisis de fines de siglo marca, en definitiva, la desaparición de un período de crecimiento vigoroso y general de los hombres hasta una completa valorización de los recursos locales.

El período que le sucede, de 1900 a 1950, se define por un aumento sensible aunque moderado de la población. Así, el crecimiento demográfico, si bien continúa globalmente, alcanza apenas un 10% en una cincuentena de años. El ritmo, sin embargo, del mismo es desigual y conviene distinguir 2 épocas:

- La primera, de 1900 a 1920, no conoce más que un crecimiento ínfimo o nulo. Es una fase de estabilización donde, después de las grandes dificultades de fines del siglo XIX, la población, purgada de sus excedentes, se reajusta a pesar de algunos accidentes (gripe española de 1917-1920; grandes sequías, etc.) hacia un nuevo equilibrio.

– La segunda, de 1920 a 1950, se beneficia en cambio de un crecimiento neto aunque sin exceso, del orden del 3 al 4% por año como media, que conduce al conjunto de la zona rural a un segundo máximo demográfico, inferior al de fines del siglo XIX, pero que marca una última culminación.

Este esquema no sufre apenas excepciones salvo locales: las de las regiones del Andárrax, en el este almeriense, que ligadas exclusivamente a la fortuna de la uva de Ohanes, conocen con ella un declive precoz desde 1910; por el contrario, la de raros municipios —los más orientados, en general, hacia una economía cerealista, Valle de Lecrín, pasillo margoso de Colmenar— que continúan su crecimiento por unos cuantos años todavía, hasta 1960. Pero en conjunto, el decenio 1950-60 representa un corte radical e inaugura un cambio de sentido duradero en la tendencia demográfica globalmente ascendente hasta entonces.

La despoblación actual parece constituir el término de una lenta degradación comenzada a fines del pasado siglo, el desenlace de una lógica inevitable hacia una situación de crisis crónica: el modesto crecimiento de la época anterior se ha mudado en pérdidas absolutas cuyo ritmo no cesa de acelerarse. La amplitud de la caída es alarmante: 20% de la población ha desaparecido de 1950 a 1970 en el conjunto de los campos afectados, es decir, en dos decenios una pérdida absoluta cerca de 3 veces superior a la totalidad de las ganancias registradas en el medio siglo precedente. Pues bien, son éstas cifras medias que enmascaran un tanto la gravedad real de la situación, no solamente porque en muchas regiones el descenso es mucho más acusado, sino sobre todo porque ellas ocultan un período en el curso del cual el proceso de abandono se ha agravado considerablemente.

En efecto, el decenio 1950-1960 no ofrece aun sino una baja moderada, inferior en conjunto al 5%. En realidad, los municipios que conocen entonces pérdidas muy importantes son raros, aislados, y la mayor parte de la región cesa simplemente de ganar habitantes mientras que algunos sectores continúan incluso registrando un débil crecimiento. El fenómeno fundamental es entonces el cese del crecimiento, el cambio de signo de la dinámica demográfica y nada deja sospechar el giro catastrófico que va bien pronto a tomar la crisis.

La despoblación se agrava, en cambio, en proporciones alar-

mantes en el curso del decenio 1960-1970. La crisis demográfica, primero, se generaliza, alcanza duramente a las zonas —numerosas— que hasta entonces no habían sufrido sino punciones benignas. La Andalucía mediterránea se presenta desde ahora, en su casi totalidad, como un conjunto uniforme en declive precipitado. El fenómeno de derrumbamiento humano se confirma de manera decisiva y se infla desmesuradamente. El ritmo de la caída crece, en efecto, hasta alcanzar en diez años una intensidad media del 16%, 3 a 4 veces superior a la tasa del decenio anterior.

Por encima de las medias, la realidad es, una vez más, muchas veces más desastrosa que lo que parece. Las zonas cuyas pérdidas no sobrepasan la tasa media están finalmente limitadas a algunos sectores bien poblados de cuencas o de laderas regadas (Valle de Lecrín, Valle del Andáraz, región de Tolox...). En otras partes la crisis demográfica vuelve a la hemorragia con tasas de descenso superiores al 2% al año (pasillo de Colmenar, Sierra de Gádor, Contraviesa, Serranía de Ronda) e incluso al 3% al año (Alpujarra). Localmente, la caída es vertiginosa: Júzcar, en la Serranía de Ronda, ostenta por ejemplo el triste record de haber perdido más del 51% de sus habitantes en diez años; otros municipios que se pueden encontrar en la mayoría de las regiones acusan pérdidas de más del 40%: 44% en Parauta (Serranía de Ronda), 42% en Alcázar y Fregenite (Contraviesa), 49% en Busquístar (Alta Alpujarra), 43% en Beires (valle alto del Andáraz)... Sin duda se trata de casos extremos, afortunadamente aun excepcionales, pero que subrayan bien la extraordinaria gravedad de la crisis actual. Si el ritmo de despoblación que conocen hoy la mayoría de sus campos (2 a 3% al año) se mantuviese duraderamente, la mayor parte de la Andalucía mediterránea quedaría abandonada, desierta, en el espacio de una generación. Pues bien, los censos rectificativos de 1975, pese a sus imperfecciones, no dejan esperar de ningún modo la detención de la crisis demográfica.

B) EL EXODO RURAL

Fenómeno importante de los campos de hoy, el éxodo rural es en todas partes responsable de la despoblación. El creci-

miento natural, en efecto, sigue siendo siempre vigoroso incluidas las regiones más afectadas por la crisis demográfica. A la escala de las tres provincias de Almería, Granada y Málaga muestra la tasa confortable del 15 al 16% al año: mientras que la mortalidad ha conocido un retroceso espectacular y se encuentra limitada hoy en día a un nivel comprendido entre el 8 y el 8,3%, la natalidad si bien en baja se mantiene en gran medida, en general, por encima del 20% (entre el 23 y el 24% a nivel provincial). Los valores registrados, localmente, en los campos, no se alejan apenas de estos datos medios: la mortalidad queda constantemente inferior al 10%, la natalidad alcanza las más de las veces el 20% y no desciende prácticamente nunca a menos del 18%. El saldo, sin duda, no podría permanecer largo tiempo tan excedentario si se tiene en cuenta la despoblación. Es este un problema sobre el cual volveremos, pero por ahora baste con tomar conciencia del enorme foso que separa un comportamiento natural muy vigoroso, con saldo altamente positivo, y la tendencia demográfica global, gravemente negativa. Tal divergencia deja sospechar la amplitud de la emigración que asola a una región cuyo papel es el de «reserva» humana.

El fenómeno migratorio, en realidad, es aquí excepcionalmente complejo. El recuento de los comportamientos locales o regionales demostraría que la Andalucía mediterránea constituye, en definitiva, un verdadero museo de migraciones donde todas las modalidades de partida se yuxtaponen, se mezclan o se suceden, a la escala de la comarca, del pueblo o incluso a veces del individuo. Formas antiguas como los desplazamientos para la recolección sobreviven aquí todavía al lado de formas nuevas de éxodos más duraderos, más lejanos. Una muestra haría aparecer la mayoría de los tipos migratorios posibles en función de la duración de la ausencia —breve, media, larga o definitiva— como del destino —local o regional, nacional, lejano (europeo, incluso transoceánico)—.

Está claro, en efecto, que estas diversas migraciones no interesan igualmente o no explican directamente el fenómeno de la crisis demográfica, de la despoblación. Todas denotan un estado de desequilibrio evidente para el foco de origen pero algunas solamente implican un real abandono del país. Son estas últimas —migraciones temporales de varios años y migraciones definiti-

vas— las que únicamente se aplican a nuestro propósito actual, que conviene analizar aquí. Así concebido, el éxodo rural, o la emigración de larga duración —definitiva o temporal—, es en la Andalucía mediterránea un fenómeno ya antiguo del que se encuentran trazas evidentes desde finales del siglo pasado. Es éste un rasgo original de estas regiones que permite oponerlas aún a las llanuras de la Baja Andalucía, que no han conocido sino recientemente un verdadero éxodo rural (4). No obstante, la emigración actual se afirma bajo rasgos que la distinguen netamente de la de otras épocas.

1. El significado original de la emigración moderna

Existe entre el éxodo rural actual y la emigración de otros tiempos una enorme diferencia de escala que desemboca finalmente en una real oposición de naturaleza. Por su violencia sobre todo, pero también por su contenido y sus objetivos, la emigración de hoy adquiere un significado inédito y lleva a consecuencias desconocidas hasta entonces.

a) *La emigración tradicional, «emigración por exceso»*

La modestia de la intensidad migratoria constituye su característica fundamental. Sobre el conjunto de la Andalucía mediterránea considerada a lo largo de la primera mitad del siglo, el éxodo rural, reducido, se limita a evacuar una parte de los excedentes naturales cuya acumulación in situ podría poner en peligro al equilibrio económico. Interviene, en el fondo, como una «sangría» saludable que restablece la tensión demográfica a un nivel

(4) Ver en especial:

— Hermet, G. *Le problème du Midi de l'Espagne*. Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. París, Colin, 1965, 140 págs.

— Kötter, H., y Bosque Maurel, J. *Estudio socioeconómico de Andalucía*; tomo III, pág. 336. Estudios del Instituto de Desarrollo Económico. Madrid, 1971, 448 págs.

La emigración no aparece en la Andalucía occidental sino a partir de los años 30 y el saldo no se hace negativo sino desde 1950. Durante el mismo período, el déficit migratorio se eleva a 317.000 personas para la Andalucía oriental (el beneficio es por el contrario de 96.000 en Andalucía occidental).

compatible con los recursos disponibles. En efecto, por todas partes, los saldos migratorios reflejan la mayoría de las veces valores negativos sensiblemente inferiores al 10% al año, que tienen como efecto esencial el retardar el crecimiento demográfico sin hacerle con ello desaparecer.

La emigración tradicional, poco voluminosa, presenta por otra parte caracteres de gravedad benigna, si se considera su contenido y sus objetivos. En efecto, fuera de los cortos períodos de crisis, no afecta apenas sino a los jornaleros más desprovistos y parece ignorar al campesino: ella no comporta abandono alguno y se contenta con un reajuste de la oferta de mano de obra. Finalmente, por su destino a corta distancia, conduce sobre todo a una ligera redistribución de los hombres en el interior mismo de Andalucía y frecuentemente en el marco de la misma provincia, sin afectar seriamente al potencial humano regional (5).

El éxodo lejano existe, no obstante, pero no se convierte en realmente importante sino en el curso de breves paroxismos migratorios con ocasión de la filoxera o, más tarde, durante la crisis «parralera» del Andárrax, lo que explica sin duda su intensidad más grande en la provincia de Almería. Entonces afecta, en tales momentos excepcionales de desastre económico, a todos los elementos de la sociedad pueblerina, tanto al pequeño agricultor propietario como al jornalero. Se recuerda aún, por ejemplo, alrededor de Alhama de Almería, el episodio terrible de los años 1917-1918 cuando un gran número de pequeños viticultores tuvieron que vender a bajo precio algunas tierras y hasta la carpintería de sus casas —que se obstinaban en conservar a pesar de todo—, para poder pagar su travesía hacia América. Son recuerdos parecidos los que se evocan en otras partes, alrededor de Almuñécar notablemente, cuando la filoxera forzó a los campesinos a deshacerse de su terruño y a tomar el barco para ultramar. Pues, en efecto, la emigración lejana, cuando aparece, se dirige esencialmente hacia más allá del Atlántico o del Mediterráneo. El continente americano recibe a muchos de

(5) Bosque Maurel y Floristán Samanes. *Movimientos migratorios en la provincia de Granada*. *Estudios Geográficos*, mayo, 1957, núms. 67-68, págs. 361-402.

estos exiliados, los Estados Unidos a veces a fines del siglo pasado, pero sobre todo la América Latina de habla española, Cuba, Venezuela y sobre todo Argentina, entonces país de gran colonización. Sin embargo —y ello marca bien los límites de estas partidas lejanas— la Andalucía mediterránea no juega sino un papel secundario en la ola de emigración americana de los españoles, muy lejos por debajo del noroeste gallego y asturiano, las Canarias y las Baleares. Lo mismo ocurre, si bien en menor grado, con respecto al otro gran destino de entonces que es África del Norte, Marruecos con Ceuta y Melilla, pero sobre todo la zona de Orán, donde el impulso del viñedo absorbe un volumen considerable de mano de obra española. Pero aquí también la participación andaluza parece menor en relación con la importancia de los contingentes levantinos de Alicante o Murcia. De hecho, sólo se destacan siempre las regiones de Almería, donde las dificultades de la viña y periódicamente la miseria de una agricultura-lotería arruinada por las sequías empujan más regularmente y más intensamente a los hombres del campo a abandonar el país. Es aquí también donde, desde la primera mitad del siglo, se encuentran movimientos notables de salidas hacia Cataluña, excepcionales en esta época.

b) La emigración actual, emigración-«vaciado»

La emigración reviste hoy, bajo nuevas formas, una gravedad excepcional, alarmante. Se trata, de ahora en adelante, de *un movimiento masivo, continuo y general*. El saldo migratorio sufre a partir de 1950 un déficit brutal, 3 a 4 veces superior al que registraba con anterioridad, de forma regular, durante la primera mitad del siglo. A nivel del conjunto de la Andalucía oriental (las 4 provincias de Almería, Granada, Jaén y Málaga), se registra un pasivo neto de 317.000 personas entre 1900 y 1930, de 226.000 entre 1930 y 1950, de 414.000 finalmente sólo en el decenio 1950-60: el ritmo de las salidas permanece, pues, bastante constante hasta 1950 —alrededor de 10.000 personas al año— para elevarse bruscamente enseguida hasta alcanzar más de 40.000 individuos al año. Las únicas regiones de la Andalucía mediterránea que nos interesan sufren tasas emigratorias comparables que, entre 1950 y 1970, se cifran como media en alrede-

dor del 20‰ al año mientras que antes permanecían muy por debajo del 10‰.

La acentuación progresiva de esta tendencia es aún más alarmante y testimonia el carácter duradero de una crisis mayor. Se puede calcular, en efecto, que la tasa de emigración se ha doblado prácticamente en el curso de los dos últimos decenios: mientras se situaba, como media, entre el 15 y el 20‰ al año en el período 1950-60, alcanza en los 10 años siguientes valores comprendidos entre el 25 y el 30‰. La elevación continua de las medias recubre una generalización progresiva del fenómeno al conjunto de la región, a la casi totalidad de los campos. Así, durante la década de 1950-60 ninguna comarca conocía todavía déficit migratorio superior al 30‰ al año. Las más afectadas —las montañas orientales: Sierra Nevada y Contraviesa— presentan un saldo negativo comprendido entre el 20 y el 30‰. Todos los otros sectores limitan sus pérdidas netas a menos del 20‰ y frecuentemente aun a menos del 10‰. La emigración masiva permanece pues relegada a ciertos focos aislados; el éxodo no alcanza en otras partes sino una intensidad media tendiendo a débil.

El decenio 1960-70 revela por fin la amplitud de la crisis: con raras excepciones casi la totalidad de los campos registran un saldo negativo superior al 20‰, que para las montañas más desheredadas del interior, sobrepasa el valor considerable del 30‰ al año. La emigración desde ahora desola literalmente la mayor parte de la región, se afirma incluso, sin duda posible, en los raros sectores aparentemente privilegiados donde, más modesta, ella queda enmascarada por un fuerte crecimiento natural.

Las salidas que desde ahora ritman el curso de la vida cotidiana en los campos no se destinan ya apenas a las ciudades andaluzas. Ellas representan, en su mayoría, una pérdida neta definitiva para la región. Ninguna duda queda a este propósito incluso si las estadísticas no proporcionan, a nivel global, sino cifras muy aproximadas, sin valor absoluto real, pero suficientes no obstante para significar la escala relativa de los fenómenos. Dos corrientes se distinguen que se revelan muy desiguales.

La emigración interior (6), aquélla que se establece entre las

(6) García Barbancho, M. *Las migraciones interiores españolas*. Madrid, 1967.

provincias nacionales, sin franquear las fronteras, domina en forma aplastante: ella comprende, de hecho, más de 4 emigrantes de cada 5 (81%) y conserva la misma importancia relativa de modo notablemente constante, de una a otra de las tres provincias que nos ocupan. Es también la forma de éxodo más precoz: se la ve nacer después de la Guerra Civil, a partir de 1945, y después conocer un auge brutal hacia 1950 cuando, gracias a las ayudas financieras americanas, España inaugura un desarrollo económico acelerado. La corriente se mantendrá e incluso se reforzará considerablemente en el curso del decenio siguiente, pese a la desaceleración económica de los años 60, consecutivos al Plan de Estabilización (1959). Los hombres que masivamente abandonan desde hace más de 20 años los campos andaluces suministran más que nada toda la mano de obra indispensable al crecimiento industrial. De aquí, las características fundamentales de la emigración actual: un éxodo rural del campo hacia las ciudades, pero casi exclusivamente hacia las zonas urbanas bien dotadas de industrias.

La debilidad de la atracción regional se explica pues fácilmente. Andalucía, subindustrializada, retiene menos del 20% de la corriente migratoria interior. Con todo, se trata para la casi totalidad (15 a 16%) de una turbulencia local interna a cada provincia, y difícil de apreciar. La preponderancia aplastante de la emigración hacia los focos industriales del norte de España constituye, por el contrario, la gran novedad, mientras que solo los almerienses, antaño, se destinaban allí, en pequeño número. Es esta hoy la forma caso exclusiva, el término fundamental, de una corriente migratoria que vacía el Sur en beneficio de las regiones septentrionales y singularmente de Cataluña. Más adelante nos ocuparemos de precisar las direcciones de este enorme movimiento. Baste, por ahora, con mostrar que el éxodo representa en lo sucesivo una pérdida absoluta para la región.

La emigración exterior (7) también ha evolucionado considerablemente desde los años 50. Con 1/5 apenas del volumen migra-

(7) García Fernández, J. *La emigración exterior de España*. Barcelona, Ariel, 1965.

— Barrutieta Sáez, A. La emigración española: el timo del desarrollo. Ed. *Cuadernos para el diálogo*. Col. *Los suplementos*, núm. 78. Madrid, 1976.

torio puede parecer accesoria, secundaria: representa en realidad cifras absolutas de varios millares de personas al año.

La emigración de antaño hacia ultramar ha declinado precipitadamente desde después de la guerra, para desaparecer prácticamente en la actualidad. Tras un fugaz aumento hacia 1950, disminuye para no representar hoy en día sino algunas decenas de individuos aislados, menos de 1/10 de las salidas al extranjero. La corriente del éxodo lejano se desvía entonces hacia los nuevos destinos de la Europa industrial, sin concurrencia desde ahora con el «mercado» de la emigración andaluza. El suceso se produce en los años 60, en momentos en que el plan de estabilización reduce el crecimiento del empleo nacional, mientras que España se integra definitivamente en una Europa en plena expansión económica, en busca de una mano de obra suplementaria. Pero, en definitiva, la corriente europea, pese a su importancia, juega menos el papel de relevo de la emigración interior que el de flujo suplementario que se superpone a aquélla sin reducir su intensidad.

Así, paralelamente al enorme crecimiento de su volumen, el éxodo rural moderno sufre una reorientación completa en cuanto a sus objetivos: de ultramar a la Europa continental, de las capitales provinciales a los focos industriales del norte español, se desvía completamente de Andalucía. Representa ésta una gran diferencia con respecto a la emigración tradicional y un cambio profundo de significado. No puede hablarse ya, de entrada, de redistribución interna sino de un enorme déficit humano para la región en su conjunto. Sobre todo, más allá de la abstracción de un balance cifrado, el éxodo lejano generalizado está cargado, para los hombres, de un sentido temible que revela su naturaleza profundamente nueva, su gravedad excepcional. Implica, en efecto, un desarraigo completo. Cuando se conoce el arraigo visceral del andaluz a su tierra, a su modo de vida, y más particularmente el del campesino a su tierra, se mide la amplitud del sacrificio —colectivo hoy día— que le empuja no solamente a abandonar el pueblo sino a renunciar incluso a su Andalucía para un exilio de colores oscuros sobre el cual hoy en día no se hace apenas ilusiones. Es preciso para su partida que la necesidad que le fuerza a ello sea bien poderosa y las dificultades sin remedio. Las partidas lejanas significan igualmente un desarraigo

profesional y por ello una ruptura infinitamente más marcada que antaño: el emigrante de ahora en adelante está casi siempre destinado a la fábrica o a la obra, a actividades para las que no ofrece ninguna cualificación. Al abandonar el país deja de ser agricultor y pierde su competencia. Reducido con demasiada frecuencia a vivir en un cuchitril, en una «barraca» barcelonesa o en un «bidonville» extranjero, el emigrante consiente siempre con una degradación real de clase. Tantos signos que revelan sin ambigüedad el carácter desesperado del éxodo rural actual que, para la masa de emigrantes, no es —si es que alguna vez lo ha sido— la búsqueda de un mejor vivir y de una promoción, sino, por el contrario, una fatalidad vital, la emigración inevitable de la miseria.

Pues bien, esta última, por el hecho mismo de los números a los que se aplica, es hoy sufrida cada vez más por todas las categorías de la sociedad pueblerina. El éxodo rural se muestra menos selectivo y no se recluta solamente como antaño, fuera de algunos momentos excepcionales, de la franja excedentaria de jornaleros. De hecho, los campesinos sin tierra o los más desposeídos —jornaleros, jornaleros-explotantes, artesanos también— han sido lógicamente los primeros y los más numerosos en partir. Pero, más recientemente, la pequeña explotación familiar se ha visto castigada a su vez. Indirectamente a veces, a través de la emigración de los niños y de la ausencia de sucesores, más directamente también cuando parten el propio explotante y su familia. En la mayoría de los sectores de la región, la encuesta a nivel del pueblo no deja apenas dudas en cuanto a la realidad local del fenómeno. Tal municipio de la Alta Alpujarra cuenta, por ejemplo, en el número de emigrados de estos últimos años apenas más de 1/4 de jornaleros, entre los últimos, sin duda, de una categoría en vías de extinción, frente a un 75% de campesinos, explotantes directos casi todos (Capileira).

La novedad de la emigración actual es pues en todos los puntos —intensidad, dirección, grupos sociales afectados— muy evidente en relación con la antigua. Ella se mide, sobre todo, en definitiva, por la extrema gravedad de sus consecuencias. Al contrario de lo que ocurre con la emigración de la primera mitad del siglo, el éxodo de hoy *empobrece* considerablemente el medio de partida: la sangría de antaño se ha transformado en hemorra-

gia que, si se prolonga, corre el riesgo de dejar una región exangüe. No son ya los excedentes sociales o demográficos de los campos los que son así evacuados sino sus fuerzas vivas: no ya solamente jornaleros en supernúmero sino los campesinos, titulares de explotaciones familiares, aquellos sobre quienes reposa toda la actividad agrícola; tampoco solamente el excedente de un crecimiento natural generoso sino efectivos tan numerosos que amputan una población en disminución rápida.

Por el momento, el capital humano no parece aún muy profundamente degradado. La hemorragia es demasiado reciente para haber destruido toda la vitalidad de una demografía de partida extraordinariamente joven y vigorosa. Los síntomas del mal son ya no obstante sensibles. Las densidades humanas han descendido a 20 habitantes/km² en ciertas comarcas de montaña (Serranía de Ronda, Alpujarra alta...) y, si bien ellas se mantienen en otras partes a un nivel más elevado, el ritmo de su caída no deja de inquietar. ¿Hasta cuándo permanecerán los hombres suficientemente numerosos para mantener las actividades? El fenómeno resulta tanto más alarmante cuanto que la punció n no afecta igualmente a todas las capas de la población. Como es lógico, los más ancianos se quedan y los jóvenes se marchan. El índice de envejecimiento (número de jóvenes de menos de 15 años en relación con el de personas de más de 65 años) experimenta en consecuencia una neta degradación: su nivel actual, vecino a 3, es apenas superior a la mitad del de 1950, próximo a 6.

De hecho, para una región rural esencialmente reducida a la función de reserva de mano de obra, un final fatal parece inevitable. La cuestión es saber hasta cuándo podrá retener suficientes jóvenes y alimentar un crecimiento natural que le permita conservar una población suficiente para el mantenimiento de sus actividades. La respuesta no es sencilla: depende especialmente de la importancia de los regresos eventuales, o más bien de la proporción relativa de las salidas temporales y definitivas.

2. Tipos de emigración: partidas temporales y definitivas

a) *La emigración temporal* es, con lógica, presentada como un mal relativamente benigno. Pese a la duración de las ausen-

cias —un año al menos— que puede perturbar el funcionamiento de la vida local, ella no entraña sino un vacío momentáneo que llena el regreso. Es más, tal emigración es susceptible de aportar, a la larga, algunos beneficios a la zona de partida: ahorro, experiencia técnica a veces, traídos por el emigrante pueden constituir, como consecuencia, un fermento de progreso. Tal es al menos la hipótesis resueltamente optimista fundada en una visión esquemática del fenómeno. De hecho, la emigración temporal es una realidad extremadamente compleja cuya naturaleza y, por consiguiente, los efectos son muy variables: su duración efectiva, su carácter accidental o crónico a nivel del individuo, determinan, entre otras causas, su agresividad o su benignidad.

El problema de la estimación numérica de la emigración temporal resulta de lo más arduo. Se puede afirmar sin riesgo que ella se lleva cada año en la Andalucía mediterránea a varios millares de personas. Pero, si bien su importancia no ofrece ninguna duda, su medida exacta se prueba más o menos imposible debido a la impotencia de las estadísticas para captar un fenómeno de por sí incierto: con frecuencia, el emigrante no sabe en el día de su partida cuál será el término de su exilio. El único medio de abordar el fenómeno consiste pues, a nivel comunal, en contar el número de ausencias registradas en la fecha del censo. Se sabe que, en efecto, el emigrante conserva su «ciudadanía» municipal hasta el momento en que solicita su exclusión, es decir desde que adquiere la certidumbre de no volver más: hasta entonces, está considerado como ausente y debidamente registrado en las listas del pueblo. El número de ausencias, en la fecha precisa del censo, aparece de este modo como un balance entre las partidas y los regresos, juzgado representativo del volumen medio de los ausentes durante el período intercensal.

El examen de los resultados para 1970 demuestra la extrema variabilidad del fenómeno de una región a otra. Ciertas regiones se prestan muy poco a este género de emigración. Se trata en particular de la Axarquía, de la Contraviesa, del valle medio del Andarax, más excepcionalmente de ciertos municipios de montaña de la Alta Alpujarra, es decir, en resumidas cuentas, esencialmente de comarcas de laderas, aquellas donde

reina sobre todo la viña. La emigración temporal es, en otros sitios, generalmente practicada pero nutre corrientes de intensidad variable a partir de dos grandes tipos de comarcas:

— La montaña, de una parte, donde se distingue en particular el caso de la Serranía de Ronda, con un volumen de «temporeros» que se aproxima al de pérdidas definitivas. La Alta Alpujarra presenta, por el contrario, más irregularmente este tipo de emigración, a veces muy débil, y que no sobrepasa sino raramente al 1/5 de la emigración total.

— Las cuencas, por otra parte, las del interior, como el Valle de Lecrín —uno de los puntos fuertes de la emigración temporal que, según los municipios, representa del 20 al 40 por ciento de las pérdidas totales— al mismo título que las vegas litorales, como la de Motril, en particular, pero también las de Almuñécar, Vélez o la Hoya de Málaga.

Repartición un tanto paradójica, que no tiene explicación sencilla. La compatibilidad relativa de la ausencia prolongada y del sistema agrícola parece jugar un papel determinante. Así la viña soporta mal un abandono de algunos años sin riesgo grave de degeneración. A la inversa, el policultivo de las montañas como el de las vegas, sobre todo fundado en cultivos anuales, no sufren en caso de partida sino un barbecho, parcial las más de las veces gracias a los cuidados prestados por los parientes o los vecinos.

Se comprende más difícilmente la importancia comparable de la emigración temporal en las zonas ricas de las cuencas y en los sectores más desheredados de la montaña. Algunos índices obtenidos en la Alpujarra proporcionan, sin embargo, una hipótesis interesante. Se constata que la proporción de movimientos temporales crece aquí en los pueblos donde la desgravación económica es menor, en las depresiones (Orgiva) así como en los municipios de altitud donde comienzan a afirmarse algunas tentativas de renovación (Trevélez), mientras desaparecen casi enteramente en los municipios más disminuidos. Su intensidad parece pues variar en función directa de las oportunidades de futuro de la región de partida y su existencia ligarse al grado de esperanzas conservado por el agricultor.

La emigración temporal se dirige fundamentalmente fuera de España, hacia los países del Mercado Común. La encuesta no

deja ninguna duda sobre esta predilección europea, tan exclusiva con frecuencia que estaríamos tentados de asimilar hoy día migraciones «exteriores» y flujos temporales: en conjunto, Europa atrae sin duda a cerca de los 3/4 de estos emigrantes. La elección reposa, en el fondo, en una razón evidente que procede de la propia naturaleza de este tipo migratorio: se trata de obtener la ganancia máxima en un mínimo de tiempo, de manera a poder rentabilizar del mejor modo una ausencia siempre perjudicial que conviene acortar. La diferencia considerable entre el nivel medio de los salarios españoles y el de las remuneraciones en la Europa industrial favorece pues normalmente a esta última. Por otra parte, la emigración «europea» es casi únicamente provisional y no puede ser aceptada más que así. El andaluz no se integra apenas en Alemania o Francia: la lengua, el modo de vida, la dureza de las tareas propuestas, la mediocridad de las condiciones de alojamiento que impone la preocupación del ahorro llevado al extremo se añaden para hacer de su estancia una prueba que se desea breve y que no puede contemplarse como definitiva. De hecho, los casos de instalación duraderos en familia son rarísimos y, además, circunscritos al sur de Francia. De este modo, existe un vínculo lógico entre migraciones europeas y partidas temporales.

El mismo emigrante temporal presenta características muy homogéneas, cualquiera que sea su destino y su origen. Se constata, de entrada, la preponderancia aplastante de las partidas aisladas: la emigración temporal no es casi nunca familiar. Los solteros son, en general, los más numerosos —2 de cada 3, más o menos— los jefes de familia constituyen el tercio restante. Sigue, sin embargo, que su proporción se equilibra o se invierte, en relación aparentemente con el destino preferente de la emigración pueblerina, los jefes de familia, de algo más de edad, se imponen más netamente en los países más alejados, Alemania o Suiza. De ello se sigue, de todas formas, un doble desequilibrio muy acentuado en cuanto a la edad y a la composición por sexo de la población emigrada. El emigrante temporal es, ante todo, un activo joven o muy joven. Los niños de menos de 15 años están prácticamente ausentes así como las personas de edad o maduras de más de 40 años. De hecho, una gran mayoría de estos emigrantes tiene entre 15 y 30 años: la mitad

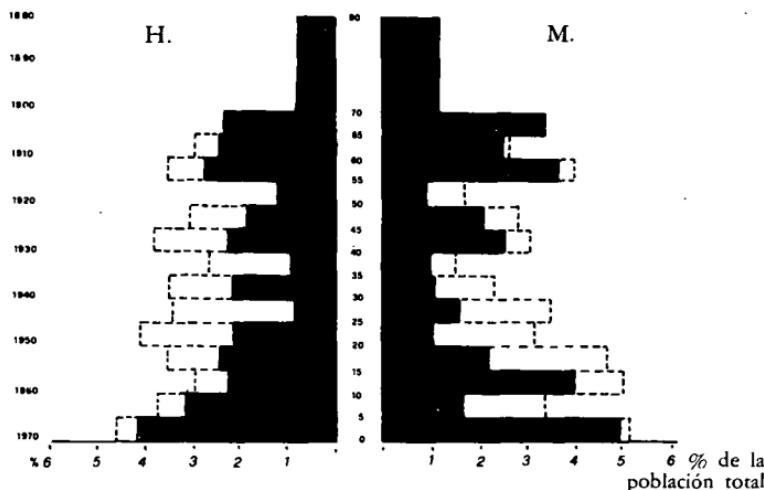
según las estadísticas oficiales, los 3/4 en la realidad. El efectivo femenino, por otra parte, es siempre muy minoritario y representa menos del 1/10 de los emigrantes. No crece sensiblemente más que en el caso de partidas a corta distancia, hacia las ciudades o las zonas turísticas locales, migración de jovencitas «colocadas» como empleadas domésticas en familias que las dejan venir cada semana al pueblo.

El emigrante temporal, finalmente, procede tanto de familias de pequeños explotantes como de jornaleros. Los asalariados agrícolas y las ayudas familiares dominan largamente entre los solteros, los agricultores se reclutan con mayor frecuencia a nivel de jefes de familia.

En resumen, las características bien marcadas de la emigración temporal ayudan a precisar su influencia específica sobre el medio de partida. La ausencia prolongada de una parte de la población se traduce inmediatamente en consecuencias sensibles sobre el plano de la demografía y de la economía locales. A la escala del pueblo, la emigración temporal introduce perturbaciones muy particulares. No se le puede de ninguna manera imputar la tendencia al envejecimiento demográfico ya que ni los niños ni las personas de edad participan en ella. Ella no es tampoco responsable de la disminución de los nacimientos. En resumen, ella no aporta un perjuicio al comportamiento vital de la población y justifica por ello su reputación de benignidad.

La punción, renovada sin cesar por el «relevo» de las partidas, que se ejerce a nivel de los jóvenes, modifica por el contrario muy profundamente la estructura de los efectivos de los pueblos. En los casos extremos, en las comarcas de montaña de la Serranía de Ronda, en ciertas zonas de la Alta Alpujarra, la población, a semejanza de la de la Cábila, se compone desde ahora de una mayoría de niños, de mujeres y de ancianos. Las pirámides de población (Fig. 5) acusan claramente el desequilibrio y revelan un corte profundo entre la ancha base que se mantiene hasta los 15 años y un vértice anormalmente inflado más allá de 40 a 50 años. Aquí se sitúa, en efecto, el perjuicio fundamental de la emigración temporal: ella priva a la comarca de sus fuerzas vivas y reduce considerablemente, cuando adquiere cierta amplitud, su potencial de trabajo hasta el mínimo

FIG. 5. INFLUENCIA DE LA EMIGRACIÓN TEMPORAL SOBRE LA ESTRUCTURA DE EDADES DE LA POBLACIÓN SEDENTARIA: ALPANDEIRE (SERRANÍA DE RONDA)



[-] Pirámide de la población oficial el 31-12-1970.

[■] Pirámide de la población presente el 31-12-1975 (población oficial de 1970 disminuida en los emigrantes, 1970-1975, con carácter temporal).

indispensable para el mantenimiento de una vida económica languideciente.

Dos ejemplos bastarán para medir la importancia del fenómeno. El de Periana expresa un caso medio: en la depresión del flysch de Colmenar, donde se extiende el municipio, la emigración temporal es importante, sin alcanzar un volumen excepcional. Pues bien, en 1970, el tercio de los activos masculinos entre 20 y 40 años estaba movilizado fuera por un tiempo indefinido:

Periana (1970)

Edades	15-20	20-30	30-40	40-50	50-60
Emigrados temporales (A)	10	31	26	13	1
Activos masculinos (B)	82	94	94	115	101
A/B (%)	12	33	27	11	1

El ejemplo de Alpandeire, en la Serranía de Ronda, revela por el contrario una situación extrema donde, de 15 a 30 años, más de 3 hombres de cada 4 están ausentes, e incluso 1 de cada 2 de 30 a 40 años.

Alpandeire

<i>Edades</i>	15-20	20-30	30-40	40-50	50-60
Emigrantes temporales no retornados al pueblo (A)	18	27	19	9	9
Hombres censados en 1970 (B)	23	31	38	35	38
A/B (%)	78	87	50	26	24

La economía pueblerina reposa, desde ahora, más o menos completamente sobre los envíos de fondos de los emigrantes. Para la familia del jornalero, sólo varía el origen de los subsidios cuya llegada es sin duda más regular que cuando el hombre trabajaba en la comarca. En el caso del agricultor, la cuestión de lo que pueda ocurrirle a la explotación durante la ausencia del jefe de familia se plantea con toda agudeza. Cuando la población activa permanece siendo suficientemente numerosa en el pueblo, la finca queda confiada a un pariente o alquilada a un vecino, que la mantiene hasta el regreso del propietario. Con bastante frecuencia, ella se queda esencialmente a cargo de la esposa quien, en la medida de sus fuerzas y con la ayuda que encuentra, asegura la supervivencia parcial de la explotación familiar, recoge las aceitunas y trabaja las parcelas más próximas. Esta «agricultura provisional», si bien tiende a generalizarse, se torna, pese a todo, sinónima de abandono y, poco a poco, conduce al erial, al mismo título que la emigración definitiva. Como esta última, la emigración temporal puede, pues, revelarse como gravemente perjudicial para la economía local, incluso si ella conserva *in situ* una cierta frescura demográfica. Pero, todo depende, en el fondo, de su intensidad, y sobre todo de la duración efectiva de la ausencia.

La gravedad real de la emigración temporal se mide, de hecho, por la duración migratoria: el problema se resume en último término en la cuestión espinosa del regreso definitivo. La

duración de la ausencia de un emigrante temporal es muy variable: pueden encontrarse todos los casos, desde las estancias breves de apenas más de un año hasta las partidas vitalicias de 20 a 30 años. Se está de acuerdo generalmente en considerar que la duración más corriente de la ausencia está próxima a los dos a tres años. De hecho, el conocer el tiempo transcurrido entre la partida y el retorno no suministra sino un elemento muy parcial y frecuentemente engañoso en cuanto al problema fundamental del desraizamiento real provocado por la emigración temporal. Haría falta, para poder medir exactamente su agresividad, abordar dos puntos esenciales:

- El del carácter excepcional o crónico de la práctica migratoria a nivel del individuo, que determina el valor efectivo del retorno, a veces definitivo, a veces efímero, simple intermedio entre dos partidas;
- El, finalmente, no menos incomprensible, de la relación existente entre las migraciones temporales y ulteriores partidas definitivas.

Ninguna estadística, evidentemente, permite responder a tales cuestiones. La encuesta misma se revela incapaz de proporcionar respuestas precisas y no aporta, en el mejor de los casos, sino indicaciones bastante vagas. Parece sin embargo que puedan aislarse dos factores determinantes para comprender el significado verdadero de los movimientos temporales.

La calidad del emigrante condiciona de entrada, en gran medida sin duda, el resultado final de la migración. La doble distinción entre joven soltero-jefe de familia por una parte, entre jornalero y pequeño explotante por otra parte, se revela muy importante. La existencia de una familia y de un poco de tierra en el pueblo constituye una incitación poderosa al retorno o a la limitación de las partidas repetidas. En caso contrario, el apego a la comarca es muy escaso para retener duraderamente...

La calidad atractiva del pueblo, es decir su estado económico, interviene igualmente en forma decisiva. Una agricultura susceptible de mejora, un sistema que manifiesta algunas posibilidades de futuro para el pequeño campesino así como para el jornalero favorecen migraciones breves y retornos duraderos. Un medio profundamente degradado, un ambiente de desánimo provocan por el contrario la prolongación de las ausencias o su

repetición, incluso el éxodo definitivo si las condiciones de vida en el primer retorno —paro, no rentabilidad de la explotación— no marcan progreso en relación con la situación de partida original.

La combinación de estos diversos factores conduce en el detalle a resultados muy complejos, variables según cada individuo, pero que pueden resumirse esquemáticamente en tres casos principales.

La emigración temporal breve, sin reincidencia y, en resumen, beneficiosa se vuelve a encontrar sobre todo fuera de los ejemplos aislados posibles en todas partes, en los sectores de economía dinámica. Es particularmente notable cuando la agricultura conoce una renovación técnica fructífera, sobre todo si aparecen conjuntamente nuevas actividades, como el turismo y la construcción, capaces de crear nuevos empleos. El retorno, frecuentemente definitivo, de los emigrados está entonces asegurado en el caso de los jornaleros que encuentran puestos de trabajo más numerosos así como para los pequeños campesinos. La emigración temporal de los jóvenes agricultores es, en este caso, muy significativa: responde a la necesidad de acumular rápidamente el capital que permitirá modernizar la explotación. El peculio puede servir para la constitución de un pequeño equipamiento de ganadería sin suelo, el perfeccionamiento del riego, la construcción de invernaderos, etc... La emigración es entonces beneficiosa, en tanto que la tenencia no sufre apenas de la ausencia y encuentra fácilmente tomador, siendo alquilada por los agricultores vecinos o trabajada por el padre hasta el retorno del emigrante. Se encontrarán tales casos alrededor de Vélez, Almuñécar, en la costa oriental entre Motril y Almería, desgraciadamente muy limitados, estrechamente circunscritos de hecho a las vegas litorales más activas y de buen porvenir. En todas partes, allí donde la vida rural está realmente en peligro de abandono, las partidas temporales son mucho más desraizadoras.

La emigración temporal sistemática representa una práctica muy diferente que tiende a constituir un verdadero género de vida errante, de seminomadismo. Se llega, en realidad, a un cambio completo de los términos normales de la emigración temporal: la ausencia se convierte en casi permanente y el retorno en provisional. Se conocen así migraciones temporales

que duran desde hace diez, veinte o incluso veinticinco años, entrecortadas con estancias en el pueblo durante algunas semanas o a veces algunos meses, marcadas por periplos impresionantes a merced de las ofertas de empleo y de los salarios. Tal emigrante ha podido trabajar sucesivamente en Madrid, Burgos, Vitoria o Bilbao antes de pasar a Francia, de Burdeos a París y de allí a Alemania (8).

Está claro, en este caso, que la emigración no reporta nada al pueblo: el emigrado no interviene más en la economía local, la explotación que él puede poseer es abandonada, dejada al cuidado de la esposa y de los niños. Su objeto se limita las más de las veces a asegurar la subsistencia de la familia que permanece en el pueblo, con los envíos de dinero más o menos regulares a la Caja de Ahorros. En el mejor de los casos, si a fuerza de economías el peculio se redondea suficientemente, el exutorio no se busca apenas en la agricultura local sino a veces para adquirir, frecuentemente movido por una simple preocupación de prestigio, una bella parcela hace tiempo deseada. Es, en efecto, un caso raro: se invierte más bien en la reparación de la casa o a veces en un apartamento de renta en la ciudad o en la costa, o bien, con más frecuencia aún, se acumulan algunos ahorros ante el temor de un porvenir incierto. Pero, sobre todo, esta emigración se limita simplemente a hacer vivir a la familia (9).

Es ésta desgraciadamente, una práctica frecuente en las co-

(8) Una encuesta realizada entre 180 emigrantes de la Serranía de Ronda en 1975 ha revelado que el 79% de las personas interrogadas habían abandonado el pueblo durante más de cinco años. De ellas, un gran número ha vivido en el extranjero durante más de catorce años.

Véase: *La Serranía de Ronda: estudio de potencialidades*; tomo IV, abril, 1976. Escuela Técnico Empresarial Agrícola. Córdoba, inédita.

(9) La misma encuesta muestra que 1/3 de los emigrantes se contenta con ahorrar (76% de los depósitos van a la Caja de Ahorros de Ronda), mientras que el 48% de ellos mejoran su vivienda. Sólo un 3%, con frecuencia los jornaleros, para quienes la tierra tiene un valor de prestigio social, compran tierras.

De hecho, fuera de los solteros sin cargas de familia, el ahorro es modesto (31% han ahorrado menos de 50.000 ptas., 26% de 50.000 a 150.000) y los envíos a la familia para su mantenimiento siguen siendo esenciales (cerca de la mitad de los emigrantes han enviado más de 300.000 ptas. y con frecuencia cerca de 2.000.000): se trata fundamentalmente de una emigración-subsistencia.

La Serranía de Ronda: estudio de potencialidades. Obra citada.

marcas sin porvenir donde el primer retorno revela la agravación progresiva de la crisis, las dificultades crecientes de la agricultura, el desarrollo del paro. No hay en absoluto otra salida entonces sino la de tomar el camino del exilio. Las partidas crónicas, a su vez, desorganizan aún más la economía local, rarifican la mano de obra, incrementan el abandono: se entra entonces en el círculo vicioso que conocen muchos pueblos de montaña, en la Serranía de Ronda, la Alta Alpujarra, irremediablemente condenados al abandono o a una supervivencia entreteneida artificialmente desde el exterior. Si se exceptúa el mantenimiento de la familia en el lugar, el de una natalidad entreteneida por los retornos periódicos de los ausentes, esta práctica migratoria equivale para el pueblo a un éxodo definitivo del cual nada esencial los separa si no es un frágil apego a la comarca, a la casa o a la tierra, vivaz sobre todo entre los emigrados dotados de familia.

La emigración temporal, *preludio al éxodo definitivo* afecta, de hecho, a los mismos pueblos, aquéllos que no ofrecen trabajo ni porvenir, pero concierne más a los emigrados menos apegados al terreno: los más jóvenes sobre todo y en particular los solteros, hijos de jornaleros así como de pequeños campesinos. El fenómeno es clásico en todas las comarcas de emigración: la primera partida es un ensayo, un reconocimiento, sobre todo para los adolescentes todavía bajo la tutela de los padres. Las jovencitas principalmente o los hombres muy jóvenes antes del servicio militar proporcionan las migraciones regionales, a corta distancia, hacia la ciudad vecina y la costa. Pronto se envalentonan para partidas más lejanas que con frecuencia se vuelven definitivas, sea en vísperas del servicio militar, sea al término de una vuelta a la comarca que demuestra la imposibilidad de vivir allí convenientemente, sea finalmente después de un matrimonio que une frecuentemente a dos emigrados que se han encontrado en el exilio. La trayectoria de la emigración cambia de un mismo golpe y conduce, en general, a un acercamiento relativo desde el extranjero hacia una región industrial española o hacia la costa turística andaluza para algunos.

Es, en definitiva, un juicio muy desfavorable el que se debe emitir sobre la emigración temporal en la Andalucía mediterránea. Ella no resulta en absoluto benigna en la mayoría de los

casos y se encuadra, por el contrario, dentro del gran movimiento de abandono que castiga al país tanto en su forma crónica como trampolín para el éxodo definitivo. Su única virtud en relación con esto último reside, en el fondo, en su facultad de mantener en el pueblo una cierta vitalidad demográfica, de conservar allí escuelas bien repletas y, en resumen, de alimentar la reserva que proporcionará las futuras migraciones.

Sin duda, en algunos casos, su papel puede ser positivo, pero contribuye entonces a profundizar el foso que separa a los raros sectores dinámicos donde ella puede ayudar al progreso y a la masa de las comarcas en crisis cuyo abandono agrava (10).

b) *La emigración definitiva* se revela mucho menos ambigua en cuanto a su importancia, sus caracteres, su significación y sus consecuencias. Ella traduce la renuncia pura y simple, el abandono sin proyecto de retorno previsible.

En general, sus caracteres la diferencian netamente de los movimientos temporales. Su destino primeramente, que excluye casi totalmente las partidas hacia el extranjero y sólo se beneficia de España y, sobre todo, hace prevalecer de forma aplastante, exclusiva a veces, el atractivo formidable de la Cataluña industrial. Las estadísticas oficiales para el período 1960-1970 se aplican al conjunto de los territorios provinciales (Málaga, Granada, Almería) cuya extensión desborda sensiblemente nuestra región. Ellas ofrecen, sin embargo, una imagen significativa de la situación.

Cataluña, por sí sola, concentra más del 55% de la emigración interprovincial en proveniencia de la Andalucía oriental. La provincia de Barcelona, y más precisamente las cercanías industriales de la capital condal, absorben siempre lo esencial, más de los 9/10 de esta corriente catalana. Las otras provincias marítimas, Gerona y después Tarragona, no hacen sino completar modestamente el balance.

El resto de la corriente migratoria se difunde muy largamente en el seno del territorio nacional, sin proporcionar un contrapeso verdadero a la concentración catalana. Puede uno

(10) Véase, por ejemplo, el relato detallado de tales sucesos en el estudio histórico de los problemas municipales de Tolox que hace Sánchez Jiménez, J. *Vida rural y mundo contemporáneo*; Barcelona, Ed. Planeta, 1976, 365 págs.

asombrarse del lugar mediocre que ocupan en este balance los otros grandes focos urbanos: Madrid no atrae apenas sino del 2 al 4% del flujo migratorio según las provincias de origen, el País Vasco del 1 al 4%. El peso de los nuevos pueblos industriales andaluces, en Cádiz, Sevilla, Huelva es todavía más débil. Sólo aparecen notables finalmente las corrientes dirigidas hacia las provincias costeras del Levante —Valencia, Murcia y sobre todo Alicante, cuyo desarrollo industrial es notable— y los pocos focos dinámicos interiores de la Andalucía oriental. Incluso en estos últimos casos, la importancia relativa de estos centros de acogida varía considerablemente de una provincia a otra: así, la influencia del Levante aparece fuerte sobre los almerienses y los granadinos (cerca del 10% de las partidas) para desaparecer muy rápidamente al oeste en la provincia de Málaga donde se afirma tímidamente, por el contrario, una modesta corriente hacia la Baja Andalucía (3% hacia Sevilla-Cádiz).

La emigración definitiva reviste, en otras partes, un perfil muy diferente del de la emigración temporal en cuanto a su composición: a la inversa de las partidas aisladas que representan lo esencial de la corriente temporal, el éxodo definitivo se torna fundamentalmente familiar. Los datos reunidos por la encuesta a nivel municipal proporcionan resultados notablemente concordantes cualesquiera que sean las regiones de partida. Si se considera el número efectivo de los emigrados, la preponderancia del éxodo familiar se afirma de forma aplastante: los 3/4 como media, contabilizando únicamente las emigraciones de familias enteras, más de los 4/5, sin duda, si se añaden los esposos aislados que se reúnen con sus cónyuges.

Como consecuencia, la emigración definitiva afecta a una población muy diferente en cuanto a su composición por edades y por sexos de la que movilizan las migraciones temporales. A la enorme predominancia de los hombres en este último caso responde aquí un equilibrio notable de los efectivos masculinos y femeninos: las mujeres son apenas menos numerosas —45% como media— y deben únicamente esta ligera inferioridad a un déficit sobre todo acentuado en la rama de edades de 20-30 años donde los solteros, casi únicamente masculinos, están mejor representados. El carácter familiar del éxodo definitivo se refleja igualmente en la distribución por edades de los emigrantes,

mucho más «espaciada» que en el caso de los movimientos temporales. Los jóvenes activos están aún fuertemente representados: la mayoría de los emigrados tienen menos de 40 años al partir, y son sobre todo numerosos entre 20 y 30 años. Pero la diferencia esencial con relación a la emigración temporal se refiere a la importancia del grupo de los niños de menos de 15 años que constituye siempre más de 1/4 de los efectivos de los que parten. Se observa aquí la significación nueva para la comarca de partida que reviste el éxodo definitivo con respecto a las migraciones temporales.

**Ejemplos de la composición por edades
y por sexos de los efectivos
de la emigración definitiva**

(%)	H	M	< 15 (%)	15-19 (%)	20-29 (%)	30-39 (%)	40-49 (%)	50-59 (%)	> 60 (%)
Albondón	53	47	28	10,5	26	12,5	11	4	7,5
Sorvilán	49	51	26	11,5	25,5	12,5	12,5	2	10
Capileira	54	46	38,5		23,5	16	8	6	8
Motril	59	41	37	12	15	13	12	5	4,5

El perjuicio causado por la emigración definitiva no se presta a discusión. El abandono, completo, es por definición evidente: el emigrado no vuelve al pueblo, si conserva allí a los padres, sino en ocasión de las vacaciones anuales; la tierra que posee allí, raramente vendida, permanece yerma, y en el mejor de los casos es cedida en alquiler.

Sobre todo, la amplitud del éxodo entraña consecuencias profundas, inquietantes para el futuro demográfico, sobre la población local. Este éxodo es, ya lo hemos visto, responsable de la caída, alarmante en ciertas regiones, de los efectivos humanos. Las casas cerradas y las persianas echadas, se convierten en muchos pueblos en un elemento esencial del paisaje, evidente cuando la población está bien agrupada en la cabeza del lugar, menos neta cuando ella tiende a dispersarse. En este caso, la emigración castiga aún más las separaciones, el hábitat aislado que sufre hoy más duramente el reflujo: la mediocridad de los

terrenos frecuentemente marginales, la ausencia de vida social y la falta de comodidades —agua, electricidad— presionan a los hombres más que en otras partes para abandonar la comarca. Con frecuencia las personas de edad renuncian y van a instalarse al poblado. Se llega así a un movimiento de concentración en el sitio de cabeza, sensible en la mayor parte de las comarcas donde el hábitat se dispersaba un tanto. Así en las vegas del Alto Andárx, en Ohanes, por ejemplo, donde las casitas sembradas entre los emparrados han cerrado, desde hace 20 años, una tras la otra. Igualmente en el viñedo de Málaga, cuando la proximidad de la ciudad no interviene para mantener una cierta presión humana, o bien en la Contraviesa, en el municipio de Sorvilán, especialmente, donde la aldea de Alforón se vacía a un ritmo precipitado mientras que el burgo acoge a los retirados.

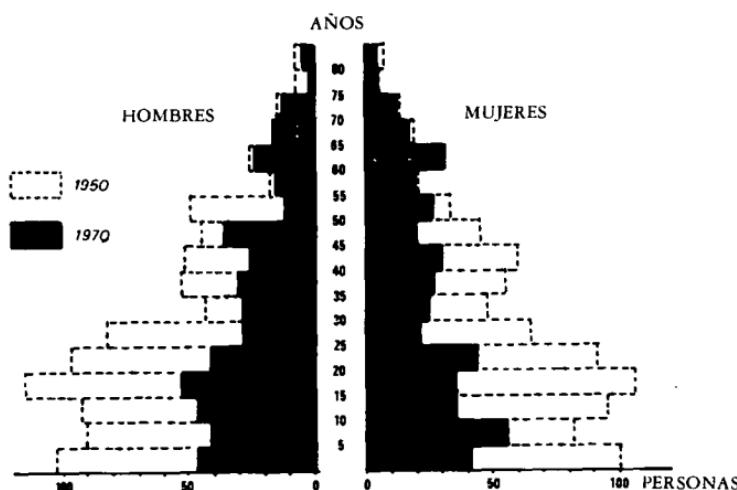
Finalmente, y sobre todo, al incluir a los niños, el éxodo definitivo es portador de graves amenazas para el porvenir demográfico. El envejecimiento, sin ser alarmante todavía, es ya sensible en los pueblos más duramente castigados por el éxodo. Las pirámides de población registran claramente las tendencias: la base muy ensanchada de hace 20 años se ve hoy muy adelgazada mientras que el vértice se ensancha peligrosamente. El ejemplo de Capileira, a continuación, es significativo (Fig. 6), tanto como el de Ragol o el de Terque en el valle del Andárx, o incluso el de Sorvilán (Contraviesa), etc... La reserva humana poco a poco se vacía irremediablemente...

Se distinguirán, para concluir, algunos grandes tipos de comportamientos migratorios (Fig. 7).

La «emigración-sistema» es la más empobrecedora. Ella superpone, de hecho, todas las formas migratorias llevadas a su más alto nivel de intensidad: las partidas temporales largas, repetidas, se añaden a un éxodo definitivo que alcanza aquí sus valores records. Son las montañas, las zonas interiores más pobres, las que sufren sobre todo tal evolución. Se vuelven a encontrar notablemente en este grupo las regiones que practican una economía agropastoril retrasada: la Serranía de Ronda, cierto número de municipios de la Alta Alpujarra, los Guajares, etcétera.

La emigración definitiva, únicamente, raramente agravada por las partidas temporales en número importante, no es menos

FIG. 6. EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACION DE CAPILEIRA (ALPUJARRA): PIRAMIDES DE EDADES 1950-1970

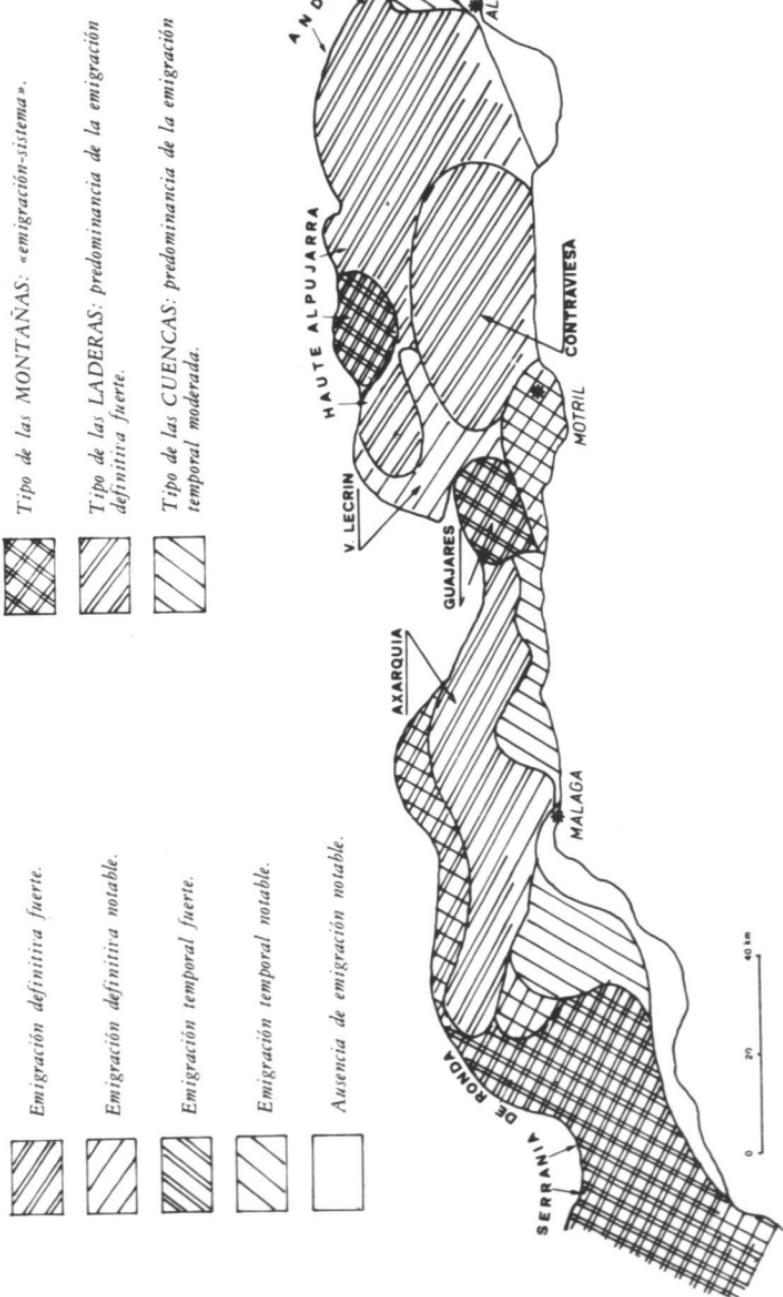


perjudicial, a largo plazo, para la vida de la comarca. En el presente, ella ofrece, sin embargo, en relación con el caso anterior, la ventaja relativa de no alterar anormalmente la población activa que permanece aún en el pueblo. Una práctica semejante predomina sobre todo en las regiones de laderas y de arboricultura seca especializada donde, por otra parte, los saldos migratorios son en general menos gravemente deficitarios que en la zona anterior.

La emigración temporal, sin éxodo definitivo importante, constituye una fórmula benigna pero rara. Trátase aquí de algunos núcleos agrícolas dinámicos de la costa donde las partidas temporales son con frecuencia breves y están seguidas de retornos definitivos. Es ésta, de hecho, una práctica que no representa un verdadero abandono y se separa radicalmente de las precedentes.

En todas partes, la emigración hace hoy el papel de plaga, atacando a las propias estructuras de la economía del campo. Los síntomas del mal son ya perfectamente visibles.

FIG. 7. ESQUEMA DE LOS COMPORTAMIENTOS MIGRATORIOS REGIONALES (período 1960-1970)



Emigración precipitada y abandono de la tierra se han convertido en los temas esenciales, comunes hoy a la mayor parte de un mundo rural en plena decadencia. En menos de 20 años, el pequeño cultivo tradicional cargado hasta entonces con un exceso de mano de obra se encuentra repentinamente confrontado con la dificultad inversa de una penuria de brazos. La desaparición brutal de una fracción importante de los trabajadores agrícolas constituye el núcleo del problema actual de los campos, a la vez causa y consecuencia de la crisis. Es este un punto esencial sobre el cual conviene detenerse más extensamente si se quiere comprender la evolución rápida de estas regiones y medir sus oportunidades de supervivencia.

II. EN LOS ORIGENES DE LA CRISIS: LA IMPOTENCIA DE LA AGRICULTURA TRADICIONAL

La cuestión que se plantea —la única importante en definitiva— es la de saber si la crisis que sacude hoy a los campos y toma ya aires de naufragio es superable o irreversible. ¿Cuáles son las causas que empujan a los hombres a partir, a las explotaciones a desaparecer? ¿Se deben invocar razones circunstanciales, la necesaria mutación de la agricultura hacia formas más modernas, cuando todas las fórmulas se ven más o menos afectadas, desde las más extensivas a las mejor cuidadas, desde las más autárquicas a las más especulativas? ¿No estaremos, por el contrario, frente a una condena irremediable del sistema mismo, perdido por su propia naturaleza, desmenuzamiento fundiario y limitaciones de montaña estrechamente ligados?

En verdad, es la propia esencia de la agricultura regional la que está en causa y el pequeño cultivo tradicional el que está condenado a una agonía sin remedio. Ello manifiesta el desarreglo común de sistemas que se revelan totalmente inadaptados a las condiciones de la economía moderna por razón misma de su naturaleza profunda campesina y montañera. En suma, el mundo rural de la Andalucía mediterránea se ve condenado por su propia especificidad.

Concretamente, la crisis se expresa en la distorsión cre-

ciente, convertida rápidamente en insostenible, entre los dos términos característicos del pequeño cultivo de vertientes:

– El exceso de trabajo indispensable a su explotación que se traduce hoy en costes de producción demasiado elevados, y

– la extrema mediocridad de los resultados que proporciona en el marco general actual de una economía de intercambios urbano e industrial.

El resultado común es la insuficiencia o la ausencia de rentabilidad de las explotaciones. La crisis en la Andalucía mediterránea no tiene otros resortes, de hecho, que las taras que perturban al conjunto del pequeño campesinado europeo. Los males de que padecen estos campos son simplemente llevados aquí a su paroxismo por el exceso del parcelamiento social y la dureza particular del medio natural, y convertidos en más espectaculares y dramáticos por la brutalidad del cambio.

A) LOS TRABAJOS Y LOS DIAS: UNA AGRICULTURA DEVORADORA DE TRABAJO

El rasgo fundamental de la agricultura regional es, en el plano técnico, el de exigir un trabajo desmesurado. Sus necesidades son las de una «agricultura de azada».

En efecto, las labores culturales y el utilaje utilizado son propios siempre de procedimientos arcaicos que se perpetúan sin gran novedad desde hace siglos, adaptándose a las dificultades de la pendiente tanto como a la abundancia de brazos. Los trabajos manuales son esenciales y la energía humana es la más solicitada. La tracción animal se limita, fuera de los transportes, a operaciones relativamente poco numerosas: las labores y la trilla de los cereales sobre todo. Las mulas, aisladamente o en parejas, la yunta a veces de la vaca y de la mula, son las únicamente utilizadas y convienen de la mejor forma a las labores ligeras que requieren las pendientes con suelo delgado así como a la exigüidad de las parcelas y a la dificultad de maniobrar en ellas. El papel relativamente accesorio de la tracción animal permite comprender la ausencia total de ganado de trabajo en un cierto número de pequeñas tenencias. En efecto, la mayoría de las operaciones agrícolas, sobre todo en comarcas de arboricultura, se hacen «a brazo»: cava, limpieza, poda, siega con hoz, etc. El

material de explotación es, por este hecho, muy reducido y rudimentario. La azada, con formas adaptadas a los diversos tipos de trabajos, el arado romano o de vertedera y la hoz constituyen sus piezas fundamentales.

Como consecuencia, los cultivos, incluso los más corrientes absorben un tiempo considerable, necesitan una enorme cantidad de trabajo. Las fórmulas de policultivo regado más elaboradas, las que mezclan varias cosechas en el mismo campo suponen una acumulación impresionante de trabajo que puede alcanzar de 700 a 900 jornadas de trabajo por Ha/año. Trátase aquí de sistemas excepcionalmente ricos cuyos resultados pueden legitimar tales esfuerzos. Pero el monocultivo de la caña requiere todavía unas 160 jornadas de trabajo por Ha, el de los emparados de uva de mesa del Andárrax más de 170. Es, en definitiva, el cultivo de secano el que reclama, en relación con los resultados esperados, el mayor derroche de energías: ciento cuarenta días de trabajo/Ha para la viña destinada a «pasas» de la Axarquía, treinta a cuarenta para el olivar, una treintena incluso para los cereales. La comparación con los tiempos consagrados a las mismas producciones en los sistemas modernizados europeos —tres a cuatro veces menores para la viña, veinte a treinta veces menores para el trigo— muestra la escala de este extraordinario «desperdicio» de trabajo que engendra el cultivo tradicional en la Andalucía mediterránea.

Deben tenerse en cuenta, finalmente, las pérdidas de tiempo, con frecuencia muy importantes, que se deben al desmenuzamiento y a la dispersión de las parcelas de una misma explotación. Los desplazamientos a pie, los transportes a lomo de mula, consumen largas horas que agravan pesadamente el gasto de energía consagrado al trabajo de los campos. Se estima, por ejemplo, que los trayectos conducen a doblar el tiempo de trabajo en el viñedo del Andárrax. Igualmente en la Alta Alpujarra, son desplazamientos de varias horas repetidos muchas veces durante la buena estación los que separan las tierras de la vega pueblerina de los campos temporales de montaña.

De hecho —y es este el segundo rasgo característico del funcionamiento de los sistemas tradicionales— estas enormes necesidades de mano de obra no aseguran sino raramente un equilibrio armonioso del empleo y paradójicamente no pueden

evitar un paro larvado. Las tareas agrícolas se reparten muy desigualmente según las estaciones y hacen alternar los períodos de punta, supercargados, con las épocas vacías, semiociosas, muchas veces las más largas. Si se exceptúan los sistemas de policultivo regado más intensivos, que sin evitar los períodos de supercansancio tienen éxito sin embargo en proporcionar trabajo a todo lo largo del año, la mayor parte de las producciones exigen cuidados concentrados en algunos momentos breves y de labor furiosa. Los períodos de punta concentran lo esencial del trabajo anual en dos o tres series de operaciones estacionales:

— La preparación del suelo —trabajo con el arado o cava según los casos— a la cual se puede asociar en las regiones de arboricultura la poda, que tiene lugar en la misma época. Son éstas las tareas fundamentales del invierno;

— la limpieza de primavera en el caso de los cultivos herbáceos, escarda o arranque de malas hierbas a mano, a la que se puede asimilar el binado necesario para la viña;

— la recolección, sobre todo, que constituye el momento crucial del calendario agrícola y que, cualesquiera que sean los cultivos, moviliza en general a la mitad al menos del total de trabajo consagrado a la producción, si se tienen en cuenta las diferentes operaciones de transporte o de acondicionamiento (trilla, cribado de los cereales, secado de la uva, etc.).que le vienen ligados.

Sin embargo, la concentración estacional de los trabajos fuertes no reviste para el agricultor igual gravedad según la naturaleza de las tareas a realizar. Conviene distinguir cuidadosamente las operaciones que admiten retrasos bastante flexibles y son llevadas a cabo, poco a poco, por el explotante únicamente, de aquellas que no pueden esperar sin grandes riesgos o que son asunto de especialistas. Las labores, limpiezas del suelo, la poda de los árboles con frecuencia responden al primer caso, a nivel al menos de las pequeñas tenencias. La mayor parte de las recolecciones así como ciertos trabajos específicos, como el «engarpe» o difíciles, como la poda de los emparrados, pertenecen por el contrario al segundo grupo. Estos últimos no pueden ser realizados normalmente sin ayuda exterior, ya que superan las posibilidades o la competencia de la mano de obra familiar. Es preciso entonces recurrir a la entreayuda, al sistema llamado

de «tornapeón» que establece entre vecinos cambios de prestaciones no remuneradas y, con frecuencia, recurrir al trabajo de asalariados «eventuales». Así, en la inmensa mayoría de los casos, la agricultura campesina no puede normalmente contemplarse aquí sin el recurso estacional a la mano de obra de los jornaleros.

La excesiva concentración de las tareas tiene como corolario, fuera de los períodos de punta, un descenso acentuado de las necesidades de mano de obra durante largos meses. Si el subempleo no aparece apenas dentro del pequeño campesinado de forma declarada, él se afirma por el contrario netamente con el paro parcial de los jornaleros, más o menos disfrazado por las contrataciones ocasionales para pequeños trabajos o por el «bricolage» que exige la posesión de algún minúsculo rodal. La duración de la estación vacía es máxima en los cultivos de secano, en el olivo sobre todo que no proporciona casi trabajo fuera del corazón del invierno, y apenas menor en los cereales. La viña y sobre todo las producciones regadas reclaman, en conjunto, exigencias superiores a todo lo largo del año sin eliminar sin embargo con ello un subempleo larvado que agravan las tendencias en el monocultivo. Es en este último caso, el de los viñedos especializados o el de las llanuras azucareras, donde el paro de estación muerta es el más duramente resentido, incluso si no se alcanzan las dimensiones alarmantes que se conocen en la Baja Andalucía, en las comarcas de grandes explotaciones.

En definitiva, el pequeño cultivo tradicional sufre aquí una doble limitación: una muy pesada carga anual de trabajo y una mala repartición estacional de las tareas, perjudicial al jornalero durante la estación muerta, tanto como al campesino en período de punta. Es este desequilibrio que obliga a la pequeña explotación a recurrir episódicamente a una mano de obra exterior que no puede emplear durante mucho tiempo, lo que constituye sin duda la piedra angular del sistema. Se discierne aquí el elemento clave que permite comprender a la vez las estructuras y el funcionamiento de la sociedad tradicional así como las dificultades actuales de la agricultura familiar.

La vida rural encontraba hasta ahora su equilibrio al precio de una apretada adaptación a estos imperativos técnicos. Su

coherencia reposaba enteramente en la existencia de algunas condiciones indispensables que permitían la buena marcha del sistema y se afirmaban, en suma como las bases características del pequeño cultivo tradicional.

1. En primer lugar, la exigüedad de las explotaciones aparecía tanto como resultado de necesidades funcionales que como consecuencia del aumento demográfico. En el marco de la tenencia campesina autónoma, que siempre sirve de modelo ideal, el desmenuzamiento de las estructuras responde, en efecto, a una adaptación necesaria de las dimensiones de la explotación a las disponibilidades energéticas suministradas por la familia. Pues bien, esta última no resulta suficiente sino para el mantenimiento de muy pequeñas superficies y no puede adaptarse, al verse sujeta a técnicas manuales tan exigentes en mano de obra, más que a la microexplotación. Así, y sin tener en cuenta la recolección, donde el recurso a la ayuda exterior resulta siempre necesario, una familia media —jefe de explotación, un hijo, la madre— no puede asegurar normalmente la explotación de más de una decena de Ha en policultivo seco o de cinco Ha en las fórmulas vitícolas como la de la Axarquía. El umbral desciende aún más en el caso de los sistemas regados muy especializados: admítese comúnmente en el valle medio del Andarax que una familia no puede trabajar más de una Ha de emparrados, sobre todo si se contabilizan las pérdidas de tiempo que provoca el fraccionamiento parcelario. Así, la agricultura campesina se enfrenta muy pronto, en razón al arcaísmo de las técnicas en uso, con un techo dimensional que la confina al rango de la pequeña o muy pequeña explotación.

2. Esta —y aquí está el fundamento más esencial del pequeño cultivo tradicional— no puede cumplir su papel de asegurar el mantenimiento de la familia, sino a condición de no suscitar en absoluto salidas monetarias que se revelarían pronto insoportables debido a la modesta envergadura de la explotación. Surgen de aquí las dos condiciones esenciales que determinan la supervivencia del sistema:

— La rareza de las compras en el exterior, reducidas al mínimo indispensable, tanto en el plano de los gastos de explotación como en el del consumo. De aquí el comportamiento autárquico del campesino tradicional, incluso en el contexto de

una agricultura especulativa. El jardín, una pobre cosecha de trigo extraída de alguna tierra ingrata, marginal, o el engorde de un cerdo, permiten con frecuencia evitar las compras alimenticias y aseguran un cierto autoconsumo familiar que se encuentra tanto en los sistemas de monocultivo vitícola como en las fórmulas de policultivo clásico. El propio equipo de cultivo está limitado a lo indispensable: las pocas herramientas que son suficientes para las labores manuales son la mayoría de las veces confeccionadas o al menos mantenidas por el propio campesino.

— La existencia, sobre todo, de una mano de obra superabundante y a bajo precio que sólo permite y legitima el enorme gasto de trabajo ocasionado por el pequeño cultivo tradicional. Se trata tanto de la presencia de una numerosa mano de obra familiar para los trabajos comunes y de los que no se contabiliza la fatiga como de los jornaleros indispensables en los períodos punta que se pueden utilizar gracias al bajo nivel de los salarios. Se constata, de esta forma, que la pequeña tenencia campesina no puede mantenerse sin la presencia a su lado de una pléthora de jornaleros eventuales, de un excedente de brazos que garantiza el escaso coste del trabajo.

3 El mantenimiento de una población superabundante de trabajadores agrícolas —jornaleros y jornaleros-explotantes—, no es concebible apenas sin el complemento, fuera de los cortos períodos de pleno empleo, de las actividades exteriores. Se comprende así el papel decisivo para la totalidad de la comunidad rural de los pequeños trabajos de complemento que, en definitiva, aseguran el equilibrio del sistema económico y social tradicional. En el propio lugar, el «monte» ha podido asegurar una buena parte de estos recursos complementarios y así se explica fácilmente la resistencia obstinada de las colectividades pueblerinas a las repoblaciones impuestas por el Estado después de la Guerra Civil (40). Aquél permitía a la vez mantener un pequeño rebaño de cabras, la recogida del esparto, sistemática en ciertas épocas, la fabricación del carbón de madera, los hornos de cal.

Generalmente practicadas han sido también las migraciones estacionales de trabajo que se benefician del retraso de los calendarios agrícolas, del de las recolecciones sobre todo, de un lugar a otro de estas comarcas de montaña. Numerosos equipos

de segadores abandonan así la Serranía de Ronda al principio del verano hacia las llanuras cerealistas gaditanas. Los mismos con frecuencia partían en invierno a la recogida de las aceitunas en la campiña de Córdoba. Más al este, J. Bosque Maurel y F. Samanes han descrito con esmero los movimientos complejos que animaban periódicamente a las regiones granadinas de la Andalucía mediterránea (5), descenso masivo de los montañeses, en primavera, hacia las cuencas litorales para la recogida de la caña, subida de los segadores en verano a la Alpujarra y partida posterior de los alpujarreños para la siega y la trilla en las altas llanuras interiores de Guadix.

La vida rural tradicional se organiza así según un sistema perfectamente coherente que liga indisolublemente a la pequeña tenencia campesina con la superabundancia de mano de obra la existencia en la región de recursos complementarios, y que deriva en el fondo de las condiciones técnicas impuestas por el cultivo manual. Su equilibrio, por el contrario, se revela extremadamente frágil y no puede sufrir sin romperse la desaparición de uno solo de sus términos.

La crisis que asola hoy a los campos y pone en peligro a la existencia misma del pequeño cultivo campesino no tiene otro origen que la ruptura del equilibrio delicado que acabamos de describir. Es preciso buscar la causa en la apertura hacia el exterior —provocada por la industrialización nacional y los progresos de la economía de consumo en general— que han sufrido las poblaciones rurales de la Andalucía mediterránea. El edificio inestable de la agricultura tradicional se desfonda entonces brutalmente, privado sobre todo de la piedra angular que representaba la superabundancia de mano de obra.

La emigración, en efecto, puede ser considerada como el motor determinante de la crisis antes de aparecer como su consecuencia más manifiesta. Es ella la que, en el principio, provoca la reacción en cadena que arruina las bases del sistema. El éxodo rural responde, ya lo hemos visto, a la demanda de mano de obra creada por la industrialización del norte de España. De hecho, esta potente solicitud exterior se ve, en muchos lugares, secundada por un suceso interno en la región que, afectando a uno de los fundamentos de la economía rural, estimula las partidas. la política de repoblación forestal de las tierras baldías

—impuesta igualmente desde fuera— que tiene como efecto privar a una fracción importante de la población local de complementos de recursos indispensables. Paralelamente, la mayoría de las actividades de la estación muerta desaparecen poco a poco: concurreniciadas por los productos de la industria, la recogida del esparto, la fabricación del carbón de madera o de la cal pierden interés mientras las migraciones para la siega hacia las llanuras interiores se vuelven inútiles por la mecanización. Así, muy rápidamente, las rentas complementarias de la agricultura se reducen y privan a la masa de jornaleros y de microfundistas de entradas monetarias que permitían únicamente equilibrar los presupuestos familiares. La partida de los hombres no es pues únicamente el resultado de una atracción hacia empleos industriales sino que se deriva otro tanto de la reducción de los recursos locales que fuerza a los demás desfavorecidos a la emigración. Con la desaparición progresiva de los trabajadores se inicia el proceso de desmoronamiento de toda la organización socioeconómica.

La rarefacción de la mano de obra agrícola condena irremediablemente a los sistemas tradicionales basados en el principio de una enorme inversión en trabajo «barato» y la escasa cuantía de los costes de producción. De hecho, incluso cuando los jornaleros permanecen suficientemente numerosos, su utilización se revela cada vez más onerosa, obligando al campesino empleador a gastos considerablemente aumentados o a la reducción sistemática de la contratación. En ambos casos, se desemboca en la misma negación de los principios del pequeño cultivo tradicional, incapaz de soportar un fuerte aumento de los costes de producción así como de privarse de los brazos indispensables a su buena conducción. En la medida en que la supresión completa del recurso a la mano de obra exterior es, en general, difícil, los gastos de explotación sufren un encarecimiento considerable paralelo al de los salarios. Las cifras oficiales, en moneda corriente, demuestran para el conjunto de España un aumento medio del 140% de 1964 a 1972. De hecho, los sueldos realmente pagados en la región por los trabajos de punta han conocido un alza mucho más considerable: los salarios de recolección se han triplicado las más de las veces en el espacio de cinco años (1968-1972) pasando por ejemplo de 180 pesetas a

400 ó 500 para la siega, de 200 a 600 para la corta de la caña de azúcar, etc... (El valor de la peseta, durante el mismo período ha descendido en un 25% aproximadamente de 1968 a 1972 (Índice INE).

Pues bien, por un mecanismo lógico y comprensible, el crecimiento de los gastos de mano de obra se ve acompañado de un aumento sensible de las compras en el exterior, hasta entonces muy reducidas. Las herramientas, los abonos, las semillas son adquiridos en gran cantidad y los gastos alimentarios se elevan al tiempo que se restringen los cultivos destinados al autoconsumo. El aumento de tales cargas resulta, en el fondo, de una reacción espontánea del pequeño explotante que no ve otra salida para paliar los nuevos gastos de mano de obra que aumentar sus ventas. Para ello reduce al máximo el papel de las producciones alimentarias, tentado por enmiendas más o menos empíricas para elevar los rendimientos... y tal proceder no conduce en general sino a acentuar el desequilibrio del balance.

Así, desencadenado por la emigración, se desarrolla un proceso irremediable que lleva a transgredir, una por una, las reglas vitales del pequeño cultivo tradicional: la desaparición de los recursos de complemento, la rarefacción de la mano de obra y la reducción peligrosa del autoconsumo representan fenómenos íntimamente ligados. Ello se traduce, en un sistema basado en un enorme derroche de trabajo, en una elevación considerable de los costes de explotación, difícilmente compatible con la mediocridad de los resultados obtenidos, inherente a la naturaleza del pequeño cultivo tradicional.

B) LA MEDIOCRIDAD DE LOS RESULTADOS

Al tiempo que supone gastos de energía considerables, el pequeño cultivo tradicional se define por la extrema debilidad de sus resultados. De ello se deriva una productividad indigente, si bien aceptable, en el contexto de un género de vida extremadamente frustrado, caracterizado por la casi ausencia de salidas monetarias, pero que se convierte en insoportable con los progresos de la economía de consumo. La insuficiencia del producto de la agricultura tradicional traduce, de hecho, una doble deficiencia:

— La de la producción que ocasionan a la vez la mediocridad de los rendimientos y la exigüedad de las dimensiones de la tenencia campesina;

— la de la comercialización que lleva generalmente a una subvalorización en forma escandalosa de la producción atomizada de un pequeño campesinado sin defensa.

En ambos casos, es la naturaleza misma del sistema la que está en causa, la ingratitud de un medio físico de posibilidades estrechas, la impotencia de estructuras sociales demasiado menudas.

1. La debilidad de la producción

La mediocridad de los rendimientos se verifica tanto en los sistemas de secano como, guardando las proporciones, en la mayoría de las fórmulas regadas, no obstante más intensivas.

La agricultura seca, que corresponde aquí a la mayor parte de los sistemas tradicionales, acusa resultados extraordinariamente débiles de los que la indigencia se ve aún más agravada por la extrema irregularidad de las cosechas y, frecuentemente, por la permanencia del barbecho.

Los cereales, el trigo en particular, no producen sino rendimientos irrisorios, casi siempre inferiores a 10 Qm/Ha. Esta cifra media no es sobrepasada sino en los mejores suelos de las cuencas de flysch. En otras partes de la producción no excede apenas los 6 Qm/Ha y frecuentemente se mantiene a menos de 5 Qm/Ha: el rendimiento medio se sitúa actualmente en la comarca del Genal (Serranía de Ronda) entre 4 y 5 Qm/Ha y desciende entre 2 y 4 Qm/Ha en las regiones orientales de Almería. Pues bien, se trata aquí de los medios que sufren las más fuertes irregularidades interanuales reduciéndose a veces la cosecha a la nada y que se encuentran forzados también a los barbechos más largos.

La viña no aporta resultados mucho más satisfactorios: 1.500 kilogramos de uva fresca por Ha en la Axarquía, es decir, unos 500 Kg de pasas, 15 a 16 Hl de vino por Ha en la Contraviesa.

El olivo, finalmente, proporciona rendimientos muy caprichosos y muy variables de una región a otra. Además, no pro-

duce habitualmente más que un año de cada dos. En algunas cuencas, alrededor de Periana, por ejemplo, célebre por la calidad de su aceite, la cosecha puede ser excelente y alcanzar 35 Qm/Ha. En los vertientes, por el contrario, se limita las más de las veces a 10 ó 15 Qm. En resumen, los 3/4 de los olivos no ofrecen sino rendimientos inferiores a 15 Qm/Ha, que habrá que dividir por la mitad si se quiere obtener la producción media anual por hectárea.

La escasa cuantía de las producciones regadas resulta menos patente. La caña de azúcar, las hortalizas, los cítricos, dan resultados muy convenientes pero se hallan localizados en espacios demasiado reducidos, excepcionalmente privilegiados. En otras partes, en las vegas menos evolucionadas, el agua permite sobre todo suprimir el barbecho y regularizar las cosechas sin provocar, no obstante, aumentos muy notables de los rendimientos. El trigo de invierno, corrientemente cultivado, no da apenas, sino 20 a 25 Qm/Ha, el maíz, que le sigue durante el verano, no alcanza ni siquiera de 20 a 30 Qm/Ha. Así, con mucha frecuencia, el regadío tradicional no proporciona resultados demasiado brillantes.

¿A qué insuficiencias se debe imputar la mediocridad general de las producciones? Las deficiencias técnicas, con frecuencia, parecen evidentes: las labores demasiado superficiales del arado, la parsimonia empírica de las enmiendas y la falta de estiércol que se deriva de la escasez de ganado, así como la mala calidad de las semillas locales, mal seleccionadas, que se utilizan todavía con demasiada frecuencia, son otras tantas razones indiscutibles de la pobreza de los rendimientos. No obstante, no son éstas, en definitiva sino causas secundarias que derivan sobre todo de las limitaciones naturales y sociales que definen al pequeño cultivo regional. La mediocridad de los suelos es responsable en primer lugar de las carencias observadas. Es ella, también, la que impone labores superficiales de arado, las únicas adaptadas a una tierra delgada y frágil que absorbe mal el abono y que obliga, finalmente, a un gran espaciamiento, por falta de reservas nutritivas, de la viña y de los árboles de secano. Pues bien, la falta de envergadura del campesinado le priva de medios suficientes para luchar contra la pobreza natural y le deja sin recursos, abandonado a la rutina. La miseria de la producción parece directamente

asociada, de esta forma, con la noción de pequeño cultivo tradicional de vertientes.

La debilidad de los rendimientos agrava singularmente la deficiencia esencial de la agricultura campesina: la extrema indigencia de las producciones obtenidas en la explotación y, en suma, la pobreza de las rentas familiares. No resulta útil detenerse mucho tiempo sobre un punto tan evidente. Que se imagine simplemente el balance anual de algunas de estas pequeñas tenencias, las más corrientes en la Andalucía mediterránea. El pequeño cultivo tradicional padece de una subproductividad crónica que, si bien es menos visible en los sistemas regados, confina al secano a una indigencia absoluta. Para poder ser soportable, tal situación supondría que los productos de la explotación familiar, disponibles en tan escasas cantidades, fueran altamente valorizados por el comercio para proporcionar una remuneración mínima a la numerosa mano de obra que moviliza. De hecho, la realidad es demasiado frecuentemente la inversa: el pequeño productor se ve más particularmente penalizado por las deficiencias del comercio agrícola.

2. Las deficiencias de la comercialización

Limitado por la modesta envergadura de su explotación, el campesino de aquí vende poco y sobre todo vende muy mal, a unas cotizaciones que, confrontadas con el alza rápida de los gastos, se revelan —cada vez más— anormalmente escasas. Integrada en un mercado moderno, la producción tradicional duramente obtenida parece subvalorizada.

Aunque no sea específica de la Andalucía mediterránea, la subvalorización de los productos agrícolas se repercute aquí sin embargo más cruelmente que en otras partes. Todo ocurre como si las dificultades comerciales se vieran aquí amplificadas. De hecho, el envilecimiento de las cotizaciones es tanto más difícilmente sostenible cuanto que afecta a las explotaciones más menudas: el microcampesinado local resulta pues más particularmente penalizado. Sobre todo, el envilecimiento de las cotizaciones parece afectar más severamente a las especializaciones regionales, hasta entonces las más remuneradoras, castigando en

el fondo de su corazón a las economías regionales más específicas: la «pasa» de Málaga, la uva de Almería, los agrios. En los tres casos, tras una fase favorable en que, hasta los años 1960, los precios conocen un alza sensible, la tendencia se degrada rápidamente a todo lo largo del último decenio: las cotizaciones, expresadas en moneda corriente, se elevan mediocremente (pasa de Málaga) o incluso experimentan una baja sensible (uva de Ohanes: -2,7%; naranjas: -29,5%) mientras al mismo tiempo el coste de la mano de obra y el de la vida sufren un encarecimiento acelerado (respectivamente +250% y +150%). Comparadas con la evolución media nacional de los precios agrícolas, las curvas correspondientes a estos pocos productos regionales expresan netamente la inferioridad de la Andalucía mediterránea. Entre 1964 y 1972, ninguna de las producciones consideradas ha podido registrar el alza de +40% que ha caracterizado a la tendencia media española: la «pasa», únicamente, se aproxima con +35%, mientras que la uva de Ohanes pierde -3% y la naranja -36%. Se debe, pues, admitir, en definitiva, la gravedad excepcional de la crisis comercial de la Andalucía mediterránea, la subvalorización anormalmente acusada de los productos agrícolas regionales.

Sin duda se puede argüir para explicar tal fenómeno el «envejecimiento» de las especulaciones tomadas como ejemplos. La uva de Ohanes, la pasa de Málaga, la naranja de Almería son tal vez menos apreciadas hoy día que antaño. En realidad, ellas se enfrentan sobre todo con nuevas concurrencias cuyo éxito reposa a la vez en una mejor organización de la producción y del comercio. De hecho, las dificultades actuales parecen resultar fundamentalmente de la *deficiencia de las estructuras de la producción y del comercio regional* más o menos manifiestamente inadaptadas a las condiciones del mercado moderno. Una y otra sufren en el fondo de la misma tara original, el microfundismo del que derivan los resortes esenciales de la crisis comercial, que se resumirá alrededor de tres temas principales: el peso excesivo de los intermediarios, la impotencia de un pequeño campesinado desarmado y la insuficiencia del comercio regional.

El fraccionamiento extremo de las aportaciones individuales al mercado está a la medida de la atomización de las explotaciones. Aquí, el horticultor entrega, al paso de su mula, los pocos

kilos de frutas y hortalizas mezcladas de la cosecha diaria. En otras partes, el viticultor o el policultor llevan al camión de recogida las escasas decenas de cajas de uvas secas o los pocos quintales de aceitunas de la cosecha anual. Todos venden, pero en minúsculas cantidades. De aquí se derivan las consecuencias más perjudiciales para el pequeño productor.

La primera resulta del *alargamiento y complicación excesiva de los circuitos comerciales* como consecuencia de la necesidad de reagrupar aportaciones muy menudas y con frecuencia muy heterogéneas. Provisto de una cosecha demasiado modesta, desposeído de medios de transporte, el campesino apenas se desplaza. Se constata asimismo, en la base, una sorprendente proliferación de puntos de venta dispersos en una multitud de mercados minúsculos, a escala municipal.

El caso del comercio de las aceitunas, en una región bastante modestamente productora, es de los más demostrativos. Es por centenares como se cuentan los molinos de aceite, de dimensión frecuentemente irrisoria. Raros son los municipios, fuera de las comarcas que ignoran totalmente el olivar, que no poseen uno e incluso varios molinos. A poco que la producción oleícola se haga notar, en las cuencas de secano principalmente, las almazaras se multiplican entonces: en el pasillo de flysch de Colmenar, por ejemplo, Alcaucín posee tres, Periana cinco, para una producción respectiva de 58 y 300 toneladas de aceite al año.

Los productos perecederos, frutas y hortalizas, han suscitado igualmente la creación frecuentemente antigua de múltiples mercados municipales que se limitan a recoger la producción pueblerina. Los de Alhaurín o de Coín, en el borde sur de la Hoya de Málaga, el de Algarrobo o Torrox en la región de Vélez, constituyen buenos ejemplos de ello. Más al este, en la costa de Granada y Almería, son los pequeños depósitos privados, las «corridas» o «alhóndigas» quienes reciben y despachan las hortalizas frescas según un sistema original de subastas a la baja de las cuales hablaremos más adelante: nacidos hace aproximadamente medio siglo, las «alhóndigas» se cuentan hoy por centenares desde Vélez hasta Almería. En ausencia de una infraestructura fija a nivel municipal, la producción —de uva, de pasas, de cítricos— es entregada al camión de los recogedores que,

desde la plaza del pueblo o a veces desde la explotación, aseguran su transporte hasta las instalaciones del comprador.

En todos los casos, el comercio, de partida, está literalmente atomizado. El productor no está tampoco sino raramente en contacto directo con los mayoristas. La necesidad de reagrupar las aportaciones individuales engendra, de antemano, la aparición de *una multitud de intermediarios*, corredores, comisionistas, pequeños transportistas, cuya intervención complica singularmente el circuito comercial y hace más pesadas las cargas. Así, el pequeño molino de aceite del pueblo no es, con frecuencia, sino el primer intermediario que conduce al comerciante. Igualmente, el viticultor de la Axarquía trata solamente con un corredor que aprovisiona más o menos directamente al exportador de uvas secas. Pero, la complicación máxima se revela sin duda al nivel del comercio de frutas y hortalizas donde, del productor al consumidor, se intercalan un número impresionante de transacciones sucesivas donde pueden intervenir hasta seis o siete personajes diferentes: depositario (alhondiguista), corredor o comisionista, mayorista de origen, exportador o mayorista-destinatario, etc.

Esta proliferación exagerada de intermediarios, resultado de la falta de envergadura de los productores, pesa gravemente sobre los gastos de comercialización que, según una encuesta reciente, serían para las frutas y hortalizas de la región de Málaga superiores en los 2/3 a los que se admiten normalmente en Europa (11). Tal encarecimiento no puede ser impuesto fácilmente al consumidor. Por eso, se encuentra repercutido en lo esencial al nivel de los precios a la producción, que soportan la mayor parte de estos costes anormales. Se comprende mejor, de esta suerte, la mala valorización de los productos agrícolas regio-

(11) Mientras que, desde el productor al consumidor, el precio de un producto hortícola se eleva de 100 a 300 como media en Europa, él pasaría en Andalucía de 100 a 400-500, al término de las etapas siguientes:

Productor = 100

Intermediario, comisión = 150

Mayorista = 200

Detallista = 400-500

según P. A. D. I. M. A. *El desarrollo económico y social de Málaga*. Málaga, 1973, 427 págs.

nales: el pequeño campesino es sistemáticamente penalizado por su excesivamente mediocre envergadura, tanto más fácilmente cuanto que aparece sin defensa cara a las presiones de los comerciantes.

El segundo perjuicio sufrido por el productor se refiere, en efecto, a su impotencia completa para oponerse a las maniobras frecuentemente poco escrupulosas del comprador. El demasiado escaso volumen de sus entregas es suficiente para explicar su inferioridad, que le deja aislado, a merced de un comerciante hábil para depreciar la calidad del producto y, en caso necesario, para utilizar la amenaza del rechazo de compra. Además, el juego de la libre concurrencia está frecuentemente falseado, apretando así el lazo de dependencia que somete el campesino al negocio. En efecto, el productor no está en absoluto al corriente de las cotizaciones practicadas en los otros mercados y debe confiarse ciegamente al comprador, único detentador de tales informaciones. Sobre todo, él no se encuentra libre, con harta frecuencia, de dirigirse a otro negociante y se ve así sometido a la buena voluntad de un único comprador, dueño de su suerte. Sucede a veces que el mercado está localmente, para ciertos productos, controlado por verdaderos pequeños monopolios: así el negocio de la uva en la Contraviesa está en manos de dos casas de vinificación de Albondón y el de la almendra dominado en la costa granadina por un consorcio de exportadores que tiene su sede en Motril. Pero, más generalmente, la sujeción del pequeño productor resulta de procedimientos más sutiles, que evocan a los sistemas que pudiéramos llamar «de ordeño». El campesino, desprovisto de fondos, debe recurrir a los préstamos para cubrir sus gastos de campaña. El comerciante juega entonces el papel de prestamista, proporciona avances sobre la cosecha, suministra el abono y las semillas a cambio del compromiso del deudor de entregarle su producción. La práctica, corriente en numerosos lugares, está particularmente extendida dentro de ciertos sectores hortícolas donde el endeudamiento de los pequeños productores, cuidadosamente entretenido, hace con frecuencia del «alhondiguista» y del comercio en general, el dueño absoluto del mercado local.

Desde ahora, el campesino debe sufrir la ley del comerciante que puede actuar en dos planos decisivos:

— Primeramente, él impone sus precios, calculados en la forma más justa;

— él hace recaer también sobre el productor los riesgos de la comercialización, esperando la mejor coyuntura para comprar y dejando correr a cargo del campesino las pérdidas que ocasiona la espera en el caso de productos perecederos. Incluso este último no percibe siempre inmediatamente el producto de su venta, una vez levantada la cosecha por el negociante. Debe esperar frecuentemente, como es el caso en el viñedo del Andá-rax, a que el comerciante haya a su vez realizado con éxito la colocación de su lote para recibir finalmente su pago, al fin de algunas semanas o incluso de varios meses. La maniobra permite frecuentemente al comerciante esgrimir dificultades imprevistas para reducir los precios inicialmente consentidos y trasladar así al productor los avatares eventuales de la expedición (pérdidas, variaciones de cotizaciones, etc.

El campesinado sufre, pues, a todos los niveles, el inconveniente de su dimensión insuficiente: soporta a la vez el coste excesivo de una profusión de intermediarios y la presión implacable de un comercio que le explota tanto más duramente cuanto que frecuentemente debe enfrentarse con nuevas dificultades.

Las deficiencias del comercio regional resultan, en efecto, cada vez más aparentes. Adormecido sin duda en la quietud de beneficios demasiado fáciles aquél no ha sabido siempre adaptarse a las exigencias del mercado moderno y perpetúa con frecuencia, en un inmovilismo sorprendente, estructuras ya superadas, métodos envejecidos. El fraccionamiento en unidades de mediocre envergadura es su característica principal. Así, la exportación de las uvas secas de Málaga está asegurada por empresas familiares de escasa dimensión; la de la uva fresca de Almería está también igualmente fragmentada. Para la campaña 1973-1974, 51 expedidores han comercializado 34.000 toneladas de uva de Ohanes en el mercado internacional, es decir, 668 toneladas por exportador como media. Pues bien, como atestigua el cuadro que figura a continuación, los 2/3 de ellos, con ventas inferiores a 500 toneladas, no alcanzaban ni siquiera esta media.

Exportaciones de uva fresca de Almería (1973-1974) •

Empresas habiendo exportado:

Toneladas:

Menos de 100	19	es decir	37%	del númer. de exportadores
De 100 a 200	3	es decir	6%	del númer. de exportadores
De 200 a 500	13	es decir	25%	del númer. de exportadores
De 500 a 1.000	8	es decir	16%	del númer. de exportadores
De 1.000 a 5.000 ..	6	es decir	12%	del númer. de exportadores
Más de 5.000	2	es decir	4%	del númer. de exportadores

No es sorprendente que, por falta de medios, estos pequeños negociantes, poco emprendedores por otra parte, experimenten algunas dificultades en sostener el ritmo impuesto por la modernización reciente de las técnicas comerciales. Su equipamiento —cámaras frías, por ejemplo— sus métodos de venta basados más en la fidelidad de una clientela tradicional que en una prospección activa de los mercados acusan hoy un retraso creciente. Su situación, de hecho, no cesa de degradarse, cara a las concurrencias que, poco a poco, les van privando de salidas e incluso, en el propio lugar, afectan a sus fuentes de aprovisionamiento.

A nivel de las ventas, su posición se debilita frecuentemente en forma alarmante, conquistada progresivamente por el comercio dinámico de las regiones vecinas —el del Levante murciano o valenciano sobre todo— o de países extranjeros. Los cítricos, las hortalizas de estación-incluso, encuentran salida con dificultades en mercados donde la presencia de los nuevos productores mediterráneos, los del Levante español por ejemplo, se han convertido en preponderante. Las exportaciones regionales más tradicionales sufren las mismas dificultades. La concurrencia de las uvas secas del Mediterráneo oriental se afirma victoriamente y priva a la «pasa» de Málaga de sus mejores salidas en Europa Occidental, forzándola a buscar el exitorio incierto de los países del Este. La uva tardía de Almería se enfrenta con el aumento de las entregas italianas o sudafricanas, incluso murcianas, cuyas nuevas variedades son mejor apreciadas. En todos los casos, la pasividad de los exportadores locales es sorprendente: ninguna tentativa de orientar la producción hacia formas más competitivas (uvas secas sin pepitas; uvas frescas más azucaradas...); pocos

esfuerzos serios de prospección de nuevos mercados. El comercio regional parece abandonarse a una suerte contraria.

En el propio lugar, la penetración de las grandes casas murcianas y valencianas tienden a capturar lo mejor del comercio regional hasta asegurarse un verdadero monopolio para ciertos productos. El fenómeno se hace particularmente patente en el caso de los agrios, donde los circuitos comerciales están enteramente controlados por algunas empresas de Levante, tales como Muñoz, Tana, Riera, etc. Resulta apenas menos sensible para las expediciones lejanas de hortalizas o de almendras. Pero el ejemplo más demostrativo es, sin duda, el de la uva de Almería, cuya salida comercial estaba hasta una fecha reciente en manos de los exportadores locales y que progresivamente pasa bajo control de los expedidores de Murcia: éstos comercializaban apenas 20% de la producción antes de 1960 frente al 25% en el decenio siguiente y cerca del 40% actualmente, desposeyendo al comercio almeriense de sus salidas europeas más ventajosas, para reregarle a los mercados lejanos y mal asegurados más difíciles. El éxito de las empresas murcianas y valencianas sobre las pequeñas «casas» regionales no debiera sorprendernos: es el triunfo de un comercio moderno sobre un comercio anticuado e incapaz de renovarse. Las diferencias son chocantes: de un lado, pequeños o medianos comerciantes demasiado especializados en la colocación de un producto único, mal equipados; del otro, potentes sociedades con actividades diversificadas cubriendo frecuentemente toda la gama de frutas y hortalizas (uva, agrios, albaricoques, almendras, etc.), dotadas de medios materiales imponentes para el almacenamiento y el acondicionamiento, provistas de redes perfeccionadas de correspondentes en los principales mercados españoles y extranjeros. La «colonización» del comercio levantino consagra, de hecho, el hundimiento de un comercio regional condenado a hacer de comparsa, relegado a las transacciones de menor amplitud, tales como las del aprovisionamiento de los mercados locales, o reducido a supervivir de recursos extremos para conservar una clientela más lejana, que le es infiel.

Tal situación no deja de presentar peligros para el campesinado regional. La evolución del comercio —declive del comercio indígena, conquista de las casas levantinas— no presentaría

sino un interés anecdótico para nuestros propósitos si ella no afectase gravemente a la posición ya problemática de los pequeños productores. Las dificultades del comercio indígena repercuten directamente, en efecto, a nivel de la producción. Situados en posición de inferioridad cara a los grandes compradores europeos, tanto como con respecto a la mayor parte de sus concurrentes, los comerciantes regionales no sobreviven sino al precio de una lucha fraticida que les opone entre sí y les conduce a auténticas subastas a la baja y a la aceptación de precios anormalmente bajos, reducidos al mínimo (12). Lo que dejan de ganar como resultado de tal política no puede ser recuperado en este caso sino mediante el bloqueo de los precios a la producción: con los matices que se imponen a propósito de cada tipo de productos, se puede considerar que, en su conjunto, el pequeño campesinado carga así con los gastos de las insuficiencias del sistema comercial. El comercio regional no sobrevive, en el fondo, sino por medio de una especie de «dumping social».

Pues bien, la influencia creciente de comerciantes exteriores a la Andalucía mediterránea no es menos perjudicial a los agricultores. La actitud «colonial» de los murcianos o valencianos es muy conocida: su fortuna —bien se trate de la uva, de la almendra o de los agrios— reposa ante todo en la colocación de las producciones levantinas, no sirviendo los productos andaluces más que de complemento, incluso de «volante de seguridad», utilizados para paliar una carencia estacional o momentánea de las aportaciones del Levante. Así se explica el comportamiento desenvuelto de estos grandes negociantes, su poco interés en levantar las cosechas fuera de raros períodos de transacciones muy activas en los mercados de consumo o fuera de los años catastróficos cuando en Valencia o Murcia las heladas reducen la producción. En resumen, la hegemonía creciente de los comerciantes exteriores incrementa considerablemente los riesgos de mala venta de los productos agrícolas locales y favorece en todo

(12) Véase, por ejemplo, el análisis de las estructuras del comercio andaluz en:

Kötter, *Estudio socioeconómico de Andalucía; tomo III, págs. 113-122. Obra citada.*

caso el estancamiento y el envilecimiento de las cotizaciones. Por tales razones, el arcaísmo y el declive del comercio regional resultan altamente perjudiciales a los agricultores de la Andalucía mediterránea. En definitiva, estos últimos padecen de todos los inconvenientes acumulados: una producción parcamente medida, subretribuida, exageradamente costosa. Todos estos defectos proceden, en el fondo, de una misma insuficiencia: la inadaptación de las estructuras microfundiarias.

En diversos grados, los sistemas agrícolas de la Andalucía mediterránea padecen todos los males que acabamos de describir. Al revelar las insuficiencias profundas de una agricultura despilfarradora de esfuerzos aunque avara de resultados, la evolución económica de los últimos decenios desemboca hoy en un balance severo que resume lo esencial de la crisis: el laminado progresivo de las rentas, que confinan a veces a la indigencia, consagran en todo caso la *no rentabilidad de la inmensa mayoría de las explotaciones actuales*.

Para el economista la tara fundamental procede de la insigne debilidad de la productividad. Si aquél contabiliza el conjunto de los gastos y toma en consideración la labor del campesino, debe incluso concluir frecuentemente con el déficit de la explotación, cuyos ingresos no son suficientes ya para equilibrar los costes de producción en el caso de las fórmulas más pobres del policultivo de vertiente e incluso de la viticultura seca especializada.

De hecho, sólo el carácter gratuito del trabajo familiar permite enmascarar la gravedad de la situación. Pese a todo, la escasez de los ingresos es tal que no permite ya subvenir a la vez a los gastos normales de la explotación y al mantenimiento de la familia. La insuficiencia de numerario, catastrófica en secano, es igualmente preocupante en un cierto número de sistemas regados. Más o menos aguda, según los casos, la crisis afecta por razones idénticas al conjunto de la agricultura tradicional, como atestiguan los pocos ejemplos mencionados a continuación: en ninguna parte, la renta anual de las explotaciones familiares características de las zonas elegidas alcanzaba en 1974 un valor equivalente a 150.000 pesetas, en muchos casos revela una indigencia real.

El equilibrio de la sociedad rural entera se encuentra por ello

gravemente comprometido. El campesino, forzado a reducir sus gastos, reacciona suprimiendo en la medida de lo posible el recurso a la mano de obra exterior y hace recaer lo esencial de las tareas sobre los miembros de la familia. Pone en marcha desde ahora un proceso que, irremediablemente, conduce a la emigración: privado de trabajo, el jornalero debe abandonar el pueblo, mientras el propio explotante, impotente por falta de ayuda suficiente para prodigar los cuidados indispensables, ve frecuentemente bajar su producción, o incluso a veces abandona una parte de su tenencia. Cuando, en el límite de sus fuerzas, constate que su explotación le proporciona ingresos inferiores al salario de un jornalero, tomará a su vez el camino del exilio.

Demasiado profunda, ligada a la naturaleza misma de la comarca y a sus estructuras sociales la crisis, casi siempre, aparece sin remedio.

Balance anual estimado de algunas explotaciones familiares características en 1973-1974.

(El coste de la mano de obra familiar no está tenido en cuenta.)

	<i>Ventas anuales (ptas.)</i>	<i>Gastos reales (ptas.)</i>	<i>Beneficio anual (ptas.)</i>
Serranía de Ronda (explotación de 7 Ha. secano)	90.000	63.000	27.000
Viñedo de la Axarquía (explotación de 6 Ha. secano)	73.000	60.000	13.000
Valle del Andárrax (explotación de 0,75 Ha. parrales regados)	110.000	40.000	71.000
Vega de Alhaurín el Grande (explotación de policultivo frutícola y hortícola rega- do de 1 Ha.)	130.000	50.000	80.000

C) EL CIRCULO VICIOSO DE LA POBREZA

El problema de la modernización de la agricultura tradicional se plantea teóricamente en términos claros. No hay, de hecho, sino dos vías de intervención que aspiran a reducir, simultánea o separadamente según las casos, las insuficiencias actuales más graves:

– La primera consistiría en disminuir los desmesurados gastos de cultivo que gravan tan pesadamente a los resultados de la explotación. Se trata sobre todo de realizar la economía de una mano de obra que se ha vuelto ruinosa: es la vía de una racionalización que pasa fundamentalmente por la introducción del trabajo mecanizado.

– La segunda aspiraría a incrementar las rentas en proporciones sensibles actuando tanto sobre las formas y los métodos de la producción —es la vía de la intensificación— como sobre los medios de obtener del comercio una valorización más equitativa de los productos agrícolas.

Al examen, las dos vías se revelan enseguida impracticables.

1. *Las posibilidades de una racionalización del trabajo agrícola* son, de toda evidencia extremadamente reducidas. No es preciso en absoluto esperar aquí ningún tipo de «revolución de la máquina», capaz de renovar profundamente las condiciones de la explotación campesina.

La situación actual constituye ya, por sí sola, una prueba abrumadora. Mientras la mayoría de las regiones vecinas, las del surco intrabético o de la Baja Andalucía, han introducido masivamente el utilaje moderno, la ausencia de mecanización sigue siendo todavía total en la Andalucía mediterránea. El censo del parque de tractores, en los años 1970 es elocuente a este respecto. Se calcula, en efecto, que la mayor parte del territorio regional dispone solamente de un tractor por varios miles de ha cultivadas: un tractor por 2.000 Ha en la Serranía de Ronda, uno por 4.000 a 4.500 Ha en la Alpujarra, la Contraviesa y los Montes de Málaga. Estas medias por otra parte no tienen sino un valor relativo, al repartirse los tractores censados en forma muy irregular: para la Alpujarra se los encuentra únicamente en Lanjarón u Orgiva mientras el resto de la comarca está totalmente desprovisto de ellos. Lo mismo ocurre en la Serranía de

Ronda, donde toda la zona del alto y medio Genal no posee ninguno. En realidad, la motorización es desconocida en inmensos espacios donde el motocultor mismo aún no ha penetrado apenas. Los tractores no aparecen, en definitiva, sino en algunos puntos muy limitados que corresponden a las cuencas más ricas. Se reducen a unas pocas unidades, incluso en estos casos privilegiados: un tractor para 200 a 300 ha. de cultivo, en general, mientras la media española se establece en un tractor por 106 ha. Sobre todo, sus efectivos no parecen incrementarse sino muy lentamente. El balance relativo a los motocultores no ofrece perspectivas muy satisfactorias, aunque su frecuencia sea más grande: si localmente su densidad puede elevarse hasta un aparato para 30 ó 50 ha. —en el pie de monte de Coín— Alhaurín, por ejemplo se mueve más generalmente alrededor de uno por 100 ha.

En definitiva, es preciso, pues, concluir, a pesar de algunas raras excepciones relativas, en la debilidad insigne de la motorización y de la mecanización. Pues bien, es este un rasgo específico de la Andalucía mediterránea, a creer las estadísticas publicadas para Granada (13): la parte interior de la provincia poseía en 1968 un tractor para 175 ha. como media, frente a uno por 1.510 ha. solamente en su zona meridional correspondiente a la Andalucía mediterránea. La razón de ello aparece muy pronto: la comarca es inapta a la máquina y, por ello, rebelde al mejor medio de racionalizar y reducir el trabajo agrícola. Los obstáculos que se oponen a tal racionalización son numerosos y, las más de las veces insuperables.

La pendiente, primeramente, representa un inconveniente infranqueable en la mayor parte de la región. Salvo sobre ínfimas superficies, la mayor parte de los terrenos de montaña y de laderas son impracticables para las máquinas. En ciertos casos —frecuentes— el utilaje más ligero como el motocultor es incluso inutilizable: las viñas de los Montes de Málaga, por ejemplo, acusan tales pendientes que no permiten la utilización de la mula y obligan exclusivamente a operaciones de azada. En otros lugares, en el olivo, el almendro, sobre suelos de poco

(13) Banco de Granada. *Nuevas posibilidades del campo granadino*. Granada, 1970, 326 págs.

espesor como son los suelos de vertientes algo finas, no está demostrado que el uso del motocultor sea realmente beneficioso: el arañado del arado y la agilidad de la mula permiten sin duda un trabajo más fácil y tal vez más rápido. Por su naturaleza, la Andalucía mediterránea está pues en lo esencial condenada a una agricultura «manual». La topografía más dulce de los valles, de las cuencas y de las llanuras litorales, únicamente, hace excepción y explica la mayor mecanización de estos pocos sectores. Sin embargo, incluso aquí, está poco extendido el uso de la máquina.

Las estructuras fundiarias, el fraccionamiento de las parcelas y de las explotaciones, oponen en todas partes, en efecto, un obstáculo riguroso a la mecanización agrícola. En las tierras cultivables, la dimensión de los campos es casi siempre demasiado exigua para prestarse a una buena utilización de la máquina: el tractor notablemente maniobra con dificultad sobre rodales demasiado estrechos o demasiado cortos que no alcanzan sino excepcionalmente la dimensión de la Ha. Pues bien, el fraccionamiento parcelario se incrementa de mala manera con el aumento de la riqueza agrícola, en las cuencas regadas, allí donde el debilitamiento de las pendientes levantaría todo obstáculo topográfico a la mecanización: en el pie de monte de Coin-Alhaurín, en el valle del Andárx o la vega de Motril (14) los campos no ocupan apenas sino algunas áreas, 25 ó 30 en general, y prohíben la utilización de todo aparato importante. La ausencia de accesos para carros constituye, por otra parte, una dificultad suplementaria. En todos los casos, los caminos son raros o se reducen a un estrecho sendero mulero que no podría permitir el paso de las máquinas modernas.

A estos inconvenientes técnicos se añaden finalmente limitaciones económicas que, de todas formas, limitan estrechamente la penetración de un material oneroso. La explotación aquí es demasiado menuda, demasiado pobre para disponer de los fondos indispensables para la compra de máquinas. Los préstamos especiales del crédito agrícola no permiten apenas resolver el problema: en la mayoría de los casos, el campesinado es dema-

(14) Mignon, C. *Paysage agraire et mécanisation dans la vega de Motril. Actes du Congrès sur les paysages agraires européens*. Perugia, 1975.

siado pobre para poder soportar la amortización de una deuda que no está a su medida.

Así, el pequeño cultivo no tiene apenas nada que esperar de la mecanización y de una eventual racionalización del trabajo: los obstáculos que se oponen a ello la prohíben de forma definitiva: no se puede ni transformar la topografía ni siquiera mejorar sensiblemente las estructuras agrarias. Pese a la depresión humana y al éxodo rural, el fraccionamiento parcelario y el de las explotaciones permanecen incambiados sin que se manifieste ninguna tendencia a la concentración: la tierra, incluso la dejada sin explotar, no se vende y, por el contrario, sobre todo en los sectores más fértiles continúa fraccionándose a cada generación. Por todas estas razones, la «revolución del tractor» parece excluida de la Andalucía mediterránea. Técnica y financieramente mejor adaptado, el motocultor puede por el contrario penetrar más extensamente, al menos en las zonas bajas, pero ¿es acaso su modesta potencia susceptible de mejorar muy sensiblemente las condiciones del trabajo? Privado de la solución que en otros lugares aporta la máquina, el agricultor no puede contemplar aquí una reducción decisiva de sus gastos de cultivo. La única salida se reduce desde ahora a un aumento notable de las rentas de la explotación.

2. *El crecimiento potencial de los ingresos de la explotación tradicional* no parece ofrecer tampoco perspectivas muy brillantes. Supone un aumento importante del valor de la producción, que no puede ser adquirido sino al precio de un esfuerzo vigoroso de intensificación por una parte, y de renovación de los procedimientos comerciales de otra parte.

Las posibilidades de intensificación son, la mayor parte de las veces, limitadas, e incluso, a veces, inexistentes. Los procedimientos técnicos habituales se topan aquí con «bloqueos» físicos o sociales tanto más rigurosos cuanto que el medio agrario es, de partida, más pobre y más atrasado: son aquellos sistemas que necesitan las más decisivas mejoras los que están más desprovistos de los medios para promoverlas.

El aumento de los rendimientos, a condición de ser sustancial, constituirá una primera solución capaz de salvar las fórmulas existentes sin un trastorno radical. De hecho, los procedimientos

«clásicos» susceptibles de ser aplicados por el campesinado local son aquí de una mediocre eficacia.

Una mejor utilización del abono, primeramente, no aporta, en la mayoría de los casos, sino resultados modestos. No obstante, la escasez actual de las enmiendas permitiría suponer amplias posibilidades de progreso. Por falta de ganadería suficiente, el esparcido del estiércol es siempre muy limitado. A pesar de avidentes progresos —el consumo se ha doblado prácticamente en el curso del decenio 1960-1970 en la Andalucía oriental— las aportaciones de abonos químicos permanecen siendo muy limitadas todavía: 200 kg/Ha como media, si se suman las diferentes aportaciones anuales, para la arboricultura seca, menos aún para los cereales, 400 a 500 kg solamente para las fórmulas, no obstante, exigentes de las vegas tradicionales. Las mejoras a esperar de aportaciones más masivas son, en realidad, muy escasas: la insuficiencia de las disponibilidades financieras del explotante limita sus compras pero, sobre todo, en opinión de los propios técnicos agrícolas, los progresos obtenidos en la mayor parte de los casos no estarían a la medida de los esfuerzos consentidos. En secano, sobre todo, allí incluso donde los rendimientos son los más bajos, los suelos son, para empezar, demasiado pobres y demasiado desprovistos de agua para poder asimilar correctamente el abono. Las tierras de vertientes, las más extensas, «cogen» mal el abono, mostrándose rebeldes a una fertilización eficaz. La insignificante progresión de los rendimientos en cultivo seco en los últimos años, mientras la utilización de los fertilizantes químicos se ha desarrollado notablemente, proporciona una prueba de ello. Los suelos de vega tampoco están siempre mejor dispuestos: véase el caso, notablemente, de la zona de emparrados de Almería, donde la tierra, fatigada por largos decenios de monocultivo, reacciona mal a los fertilizantes y no produce sino cosechas en baja lenta, pero regular.

La gran distancia de marcos de plantación en la arboricultura seca —viña, almendro— es responsable igualmente de la mediocridad de los resultados obtenidos. La densificación de las cepas o la coplantación sistemática no ofrecería, sin embargo, sino una solución ilusoria. La razón reside siempre en la sinsuficiencia de los suelos: sus escasas capacidades nutritivas y su sequedad obli-

gan a dejar a cada planta una gran superficie difícilmente comprimible sin riesgo de descenso de la producción..

La mejora de las especies cultivadas y la sustitución de las viejas variedades indígenas por variedades modernas más fecundas ofrecerían tal vez mejores perspectivas. En las tierras regadas, la introducción reciente del maíz híbrido ha demostrado ya su eficacia, lo mismo que la adopción de una nueva variedad de caña de azúcar: en ambos casos el aumento de los rendimientos se ha revelado espectacular. Desgraciadamente, estos ejemplos están limitados a los únicos sectores privilegiados de las vegas, a los suelos ricos y provistos de agua. En otras partes, en las laderas de secano, no pueden apenas esperarse éxitos comparables: la pobreza del suelo no admite sino las especies rústicas y, de todas formas, el campesinado, por falta de medios, no tiene la posibilidad material de acometer las pesadas inversiones que supone una nueva plantación, ni la capacidad para subsistir durante los largos años que preceden a su entrada en producción.

Así, con excepción de las fórmulas regadas, la agricultura tradicional parece técnicamente paralizada, condenada por su misma pobreza a una mediocridad insuperable. Las mejoras permitidas por la agronomía moderna son inadaptables aquí, o no ofrecen sino una eficacia irrigoria en relación con los progresos indispensables a la supervivencia de la mayor parte de los sistemas de secano. En el fondo, no existe apenas solución al alcance del pequeño campesinado de vertientes, ni esperanza para la explotación de las comarcas pobres, a menos de un cambio radical que permitiría pasar directamente a las fórmulas intensivas, que sólo el riego sería capaz de alimentar.

El problema de la sustitución del secano por el regadío se sitúa de hecho a otra escala. Supondría, a nivel de vastas zonas secas a aprovechar enteramente, el empleo de medios que sólo los poderes públicos podrían llevar a cabo. Pues bien, incluso en este caso, las posibilidades se revelan extremadamente modestas. En estas regiones montuosas no es posible apenas conquistar espacios nuevos salvo algunos excepcionales, situados todos en las comarcas bajas: a ello volveremos más adelante. Es preciso, por el instante, revelar las imposibilidades mayores que, en todas partes, se oponen a tales proyectos:

— El agua, de entrada, está ausente en cantidad notable

—tanto en superficie como en profundidad— en la mayor parte de las regiones pizarrosas. Las laderas de la Contraviesa, las de los Montes de Málaga, es decir los más vastos sectores de arboricultura tradicional, están pues condenadas al secano.

— La topografía, finalmente, prohíbe, salvo mediante instalaciones gigantescas, la extensión de los terrenos regados a las pendientes demasiado inclinadas. En la Alta Alpujarra, por ejemplo, no se pueden apenas agrandar más, a pesar del agua de las cumbres, los terrenos de las vegas, extendidos desde hace tiempo hasta los límites que imponen las más locas pendientes.

Así, mientras los beneficios de nuevos riesgos parecen esencialmente reservados a las comarcas bajas, el conjunto de los sistemas de vertientes está condenado al secano que parece a su vez paralizado en su mediocridad tradicional. La mayor parte de la Andalucía mediterránea se encuentra pues hoy irremediablemente condenada por sus caracteres más específicos: la pobreza natural de sus montañas y la impotencia de su sociedad campesina.

Es esta última la que está también en la base de las graves deficiencias del comercio agrícola y que se afirma en fin como el principal obstáculo a toda mejora a este nivel. Una mejor valorización de los productos agrícolas es inconcebible en efecto sin una reagrupación previa de los productores capaz de contrarrestar la potencia de los comerciantes, incluso de promover la colocación directa de su propia producción. Se suprimirían así los defectos esenciales del sistema actual: la atomización de las aportaciones individuales, la proliferación de los intermediarios, la presión exagerada de los mayoristas tan perjudiciales para los resultados finales de las explotaciones. En otras palabras, no hay salvación por esta vía fuera de la cooperación.

De hecho, las cooperativas constituyen una pléyade: las tres provincias de Málaga, Almería y Granada contaban oficialmente 677 en 1970 y su fracción mediterránea que nos interesa directamente unas 113. Pues bien, un cierto número de ellas están identificadas teóricamente, al menos en una parte de sus actividades, como organismos de comercialización. Esta brillante apariencia enmascara sin embargo una profunda carencia real del movimiento de asociación. Un gran número de cooperativas censadas no tienen, de hecho, otra existencia que la formal: no

funcionan e incluso a veces nunca han funcionado. En cuanto a las que se califican de «activas», limitan frecuentemente a funciones modestas consistentes sobre todo en reagrupar las peticiones de abonos o de semillas. En el terreno de la comercialización, ellas se contentan de hecho con reagrupar la producción de los adherentes, haciéndola a veces sufrir una transformación sin intervenir verdaderamente en el mercado: sirven, en el fondo, de intermediarios cómodos a los comerciantes para reagrupar las aportaciones. El caso de las «cooperativas oliveras», las más numerosas y más vivas, resulta muy significativo: ellas procesan cerca de los 3/4 de las aceitunas producidas, si bien no hacen con frecuencia sino camuflar, por razones fiscales, los intereses del antiguo industrial, adherente privilegiado, que gracias a las ventajas concedidas a los organismos cooperativos ha podido por este medio modernizar sus instalaciones a menor coste. No hay en definitiva, salvo raras excepciones, verdadera cooperación al nivel de venta de los productos agrícolas de la que menos del 10% —para las frutas y hortalizas en particular— es colocada a través de agrupaciones efectivas de productores.

El fracaso casi completo hasta ahora de un movimiento cooperativo, estimulado sin embargo por la vía oficial, no deja de estar relacionado con las estructuras mismas de la sociedad rural cuyas reticencias instintivas se han visto singularmente reforzadas sin duda por la incorrecta forma de aplicación de las medidas gubernamentales.

Sería vano para empezar, negar el papel paralizador de las mentalidades. El individualismo obstinado del pequeño campesino andaluz se adapta mal a las limitaciones de la asociación. La preocupación prioritaria de la independencia es común a la mayor parte de los campesinados europeos pero ha sido en gran medida exacerbada aquí por la voluntad de encuadramiento demasiado rigurosa de los organismos responsables, sindicatos en particular. Los agricultores que, por la experiencia pasada, no habían tenido siempre motivos para felicitarse de tal género de tutela han rehusado por instinto las solicitudes y los estímulos venidos de lo alto, como impuestos. Para poder tener éxito —y un buen número de responsables lo reconoce voluntariamente hoy— el movimiento debería haber surgido de la voluntad misma de los interesados, haber tenido en cuenta su susceptibi-

lidad, y haber estimulado por el contrario su interés. El fracaso total de la cooperación «oficial» resulta consecuencia de su inadecuación absoluta a la psicología campesina, de su desconfianza frente a la espontaneidad popular. Una nueva tendencia, jugando por el contrario con el interés y la participación activa de los campesinos, parecería poco a poco hacer su aparición y obtener los primeros resultados animadores, en Orgiva por ejemplo (Alpujarra) o en Canjáyar (Valle de Andárrax): no son desgraciadamente sino tentativas aisladas, excepcionales. Parece ser que en otras partes la torpeza oficial ha lesionado gravemente el porvenir de tales movimientos. El campesino, sobre todo envejecido y desanimado por el hundimiento de la economía pueblerina no se siente apenas interesado: rehúsa cooperar o bien —este es frecuentemente el caso de las frutas y hortalizas— no entrega a la cooperativa sino lo más mediocre de su producción. La presión insidiosa de los comerciantes se cuida bien en tal contexto de desanimar, mediante la persuasión o la amenaza velada, toda veleidad peligrosa para su omnipotencia.

Las experiencias desgraciadas también han pesado considerablemente. Demasiadas cooperativas han sido creadas en un pasado reciente para el único beneficio de algunos notables locales, que se aprovechaban a la vez de su posición de pequeños responsables político-sindicales y de su control sobre el campesinado sin defensa. Así se han multiplicado las cooperativas fácticas cuyo único propósito era el de desviar los subsidios oficiales en beneficio de algunos. Las cooperativas realmente activas con frecuencia han fracasado también a causa de las injusticias flagrantes que presidían el reparto de las ganancias. Tal agrupación de productores de uva del Valle del Andárrax retribuía con las mejores cotizaciones a sus escasos dirigentes, percibiendo los otros adherentes precios bastante inferiores, excusados sin vergüenza por los factores aleatorios del mercado, precios que a veces se revelaban más bajos, incluso que los precios ofrecidos por los comerciantes locales. Tales exacciones, demasiado frecuentes, no podían sino arrojar un descrédito frecuentemente definitivo sobre toda forma de asociación, agravando de forma irreversible el individualismo del campesinado.

Conviene, para terminar, hacer recuento de las dificultades prácticas con las cuales se enfrentan, en el plano comercial, los

cooperativistas más convencidos. Confrontado con las reglas complejas del mercado moderno, sobre todo cuando se trata de exportación, el pequeño campesino andaluz carente de formación se encuentra frecuentemente bien desprovisto y arriesga rápidamente el desánimo, la asistencia material de los organismos establecidos para ayudarle —la U. T. E. C. O. (Unión Territorial de Cooperativas Agrícolas)— resulta preciosa a este nivel gracias a sus medios modernos de información, a su acción de prospección de mercados, etc... Pero la propia utilización de estas facilidades supone unos conocimientos, una competencia que, en la inmensa mayoría de los casos, el pequeño campesino hace poco salido del analfabetismo, no puede haber adquirido... Los pocos éxitos que se pueden encontrar, por aquí o por allí, son tanto más meritorios pero no dejan de ser, en el contexto actual, sino excepcionales.

La pobreza misma de los sistemas tradicionales engendra su impotencia para renovarse y lleva en ello su propia condena. Demasiados «bloqueos» —físicos, sociales, fundiarios— se superponen para permitir una evolución positiva. La agricultura tradicional está condenada a la desaparición o limitada a supervivir de recursos extremos.

III. LA SUPERVIVENCIA DE UNA AGRICULTURA MARGINAL

Desanimado por tantas adversidades, el pequeño campesinado tradicional ha renunciado, un poco por doquier: se ha sometido masivamente a la fatalidad del éxodo o, para aquéllos que quedan, busca fuera de la agricultura los recursos que, en lo esencial, permitirán a la explotación mantenerse aún. Se objetará que tal situación apenas es nueva, que antaño también las rentas de complemento jugaban con frecuencia un papel decisivo. En realidad, las condiciones de esta búsqueda han cambiado profundamente:

— Mientras que ella intervenía, sobre todo hasta ahora, en beneficio de los más favorecidos —jornaleros, microfundistas, etc.— ella afecta hoy, cuando estos últimos han sido cazados ya por la emigración, a la gran mayoría del campesinado, aquél al

que la fortuna había provisto de pequeñas explotaciones familiares suficientes. El recurso al exterior se ha generalizado.

— El recurso finalmente ha cesado de ser un complemento para convertirse frecuentemente en la pieza esencial de la economía familiar. Al haberse convertido las rentas agrícolas en accesorias, el campesinado tradicional desde ahora no tiene sino una existencia fáctica. La agricultura tradicional entera se hace así «marginal» y no sobrevive sino gracias a recursos extremos.

A) LOS RECURSOS EXTREMOS DE SUPERVIVENCIA

Los recursos exteriores accesibles al campesinado difieren sensiblemente de los de antaño. Excluiremos deliberadamente de este propósito a las rentas procedentes de la emigración temporal analizadas anteriormente, que la mayoría de las veces representan el único medio de subsistencia de las familias interesadas y no están ya asociadas sino con explotaciones «fantasma»: en este caso, la agricultura está ya abandonada. Se distinguirán finalmente dos clases de recursos exteriores asociados a las rentas agrícolas:

1. *Los recursos locales permanentes*, en proveniencia de actividades no agrícolas, son ciertamente mucho menos numerosos que antaño. Entonces, el pequeño artesanado, los múltiples trabajos del monte, la arriería proporcionaba un complemento notable hoy arruinado.

Quedan, sin embargo, a escala del pueblo o de la población vecina, muchos «pequeños oficios» que ofrecen a un cierto número de agricultores la posibilidad de practicar el «pluriempleo». Aunque anémicas, las funciones del comercio minorista o de los servicios están con frecuencia asociadas a la explotación agrícola: un pequeño café rural, una tienda de comestibles, un empleo municipal a medio tiempo, un servicio ligero en una cooperativa vecina o en la Hermandad de Agricultores constituyen medios sistemáticamente utilizados para aumentar las rentas familiares. Los pequeños trabajos ocasionales —reparaciones variadas, obras de albañilería, manutención, mantenimiento de las carreteras— son igualmente muy buscados: con frecuencia, con la ayuda de alguna pensión de origen diverso de la que disfruta un «anciano», permiten equilibrar el presupuesto doméstico.

Pero, a pesar de todo, las posibilidades siguen siendo muy escasas en el campo, sobre todo en los pueblos alejados. Se ha intentado, aquí o allí, volver a ejercer algunas actividades artesanales que prodigan por otra parte muy mediocres complementos a las mujeres o a las jovencitas que emplean: los ejemplos se limitan finalmente a dos o tres casos, un taller de tejidos granadinos en Bérricholes (Alta Alpujarra) o el trabajo de joyería a domicilio que se practica desde hace poco en Casares, a las puertas de la Serranía de Ronda. Haría falta añadir algunas minúsculas empresas de salazón que se encuentran a veces en la montaña rondeña. El balance es insignificante.

De hecho, son sobre todo a las insuficiencias del marco urbano elemental, a las de las cabezas de partido a las que conviene acusar. Los empleos aquí son demasiado raros para poder ofrecer trabajo a los agricultores de la comarca próxima y, finalmente, para apoyar eficazmente a la economía agrícola local. Lanjarón, al pie de la Alta Alpujarra, utiliza bien algunas decenas de trabajadores en sus talleres de embotellado de agua mineral; Alhama de Almería, en el Valle de Andárrax, se ha beneficiado un tanto de algunas pequeñas creaciones industriales, pero, a una escala superior, ni Ronda, ni Motril, ni incluso Vélez son suficientes para satisfacer las necesidades del campo que les rodea. Estas con dificultad apenas consiguen emplear a su propia población y se revelan totalmente impotentes para asistir a su «hinterland» rural. Solamente, en definitiva, las ciudades más grandes —Málaga y Almería— ofrecen, al precio de breves movimientos alternantes, empleos complementarios a los campesinos de los pueblos vecinos.

Por eso, por falta de un sostén eficaz de sus ciudades, la población del campo en su mayoría debe renunciar a conseguir en el propio lugar ingresos no agrícolas de alguna continuidad. El papel de los desplazamientos estacionales se revela desde ahora fundamental.

2. *Las migraciones estacionales de trabajo* proporcionan un peculio anual del que vive un buen número de familias campesinas. El cuadro esbozado hacia 1950 por J. Bosque y Floristán Samanes de los múltiples desplazamientos estacionales que animaban entonces los campos se encuentra hoy muy sobrepasado. Heridas mortalmente por la contracción de la agricultura o por

la mecanización de los grandes trabajos en las economías de llanura, las migraciones regionales tradicionales se han visto reducidas considerablemente: algunas, sin embargo, se perpetúan, otras, sobre todo, han venido a relevarlas. Pero, en conjunto, más bien es lejos, en el extranjero, a donde es preciso ir a buscar desde ahora el destino de los trabajos estacionales.

De las migraciones estacionales en el interior de la Andalucía mediterránea sólo sobreviven bajo su forma tradicional las que engendran recolecciones difícilmente mecanizables. Los desplazamientos para la siega han desaparecido totalmente. Por el contrario, tres tipos de antiguas migraciones agrícolas conservan todavía una importancia local no despreciable.

En otoño, después de la vendimia, los trabajos de la «faena» —selección, clasificación, embalaje de la uva de Ohanes— dirigen todavía centenares de mujeres hacia los almacenes de los exportadores reagrupados hoy en Berja, Dalías y Alhama de Almería. Estas operaciones de acondicionamiento se extienden a lo largo de un trimestre y atraen una mano de obra campesina escasamente alejada, en proveniencia sobre todo de los pueblos del Andárx o de la Sierra de Gádor.

En el corazón del invierno, la recolección de la aceituna en las llanuras de Antequera y de Córdoba provoca también el desplazamiento de familias enteras desde las regiones occidentales de la Andalucía mediterránea. No hay más movimientos masivos sensibles a nivel de zonas enteras pero, por aquí y por allá, en la Serranía de Ronda, la Hoya de Málaga incluso, los Montes, etc. se dan partidas de grupos más o menos numerosos que afectan a un cierto número de pueblos.

No obstante, las migraciones estacionales tradicionales más espectaculares siguen siendo las que origina, en primavera, la «zafra» en la llanura de Motril-Salobreña. Se trata de cortar la caña, de limpiarla y de transportarla finalmente hasta las azucarreras. Hay aquí trabajo para todos durante dos meses al menos: a los hombres corresponde la dura tarea de la corta, a las mujeres y a los niños la escamonda de las cañas, a las reatas de mulas, finalmente, el transporte de la recolección. Por eso la «zafra» atrae a mucha gente, un millar de hombres en permanencia y unas 2.000 mulas: ella vacía literalmente pueblos enteros de su población y de sus animales de trabajo: sólo permane-

cen en las casas desiertas los viejos, demasiado débiles para estos trabajos penosos. Las montañas vecinas, sobre todo los Guájares, los bordes del Valle de Lecrín o la Alpujarra occidental, de forma accesoria, suministran esta corriente estacional. En la llanura, los migrantes son alojados someramente en casa de sus empleadores o en la azucarera y las bestias son alimentadas con las hojas de la caña. Las grandes migraciones de «zafra», desaparecidas alrededor de Málaga o Vélez con el desarrollo de la recolección mecánica, quedan reducidas hoy a la región de Motril, supervivencia que durará en tanto que la máquina no tenga éxito en adaptarse allí y que la montaña conseve suficientes hombres y «caballería» para satisfacer a las necesidades de la recolección manual. Sin duda, su porvenir está contado...

En conjunto, los desplazamientos tradicionales de recolección están por otra parte en franca regresión. Ellos se ven relevados hoy día por nuevas migraciones regionales, agrícolas o no, que revisten mucha mayor amplitud. Todas se dirigen hacia la costa, al menos hacia los sectores que crean nuevas actividades. Tendremos ocasión de detenernos extensamente sobre estas últimas y de definir su impacto en el curso del capítulo siguiente. Nos limitaremos pues ahora a señalar brevemente las migraciones que tales actividades provocan.

Las que originan la nueva producción hortícola del litoral de Almería, del Campo de Dalías sobre todo, aunque también accesoriamente de la costa de la Contraviesa, se hallan próximas a las migraciones tradicionales. Su objeto es, al menos en parte, idéntico: la recogida de las hortalizas cuyas recolecciones se suceden a todo lo largo del invierno y pueden a veces extenderse de diciembre a julio, requiriendo una abundante mano de obra femenina, varios millares de personas en total. El reclutamiento, generalmente individual, se hace esencialmente entre las jóvenes de las montañas vecinas, de la Contraviesa y de la parte oriental de la Alta Alpujarra granadina. Estas regiones deprimidas se benefician, de esta suerte, de una voluminosa transferencia de capital que, año tras año, les ayuda en gran medida a subsistir. Estos desplazamientos femeninos de recolección se suman por otra parte con un segundo tipo de migración, estival y masculino, para los trabajos muy pesados de equipamiento y de mantenimiento que suponen los nuevos sistemas

agrícolas: construcción y mantenimiento de invernaderos, repartición masiva de arena y de estiércol, etc. La estación resulta, esta vez, menos larga, dos o tres meses, aunque mucho mejor pagada: ella atrae a centenares de hombres de las mismas regiones sudorientales de Granada pero también a muchos agricultores del valle medio del Andarax.

Los desplazamientos estacionales más masivos están hoy de hecho desencadenados por actividades no agrícolas: las de la construcción, que el crecimiento del turismo balneario ha desarrollado considerablemente en la Costa del Sol, al oeste de Málaga, y puntualmente sobre el litoral de Vélez y de Almuñécar. Estas migraciones centradas en el verano pero que a veces se prolongan a todo lo largo del año hasta transformarse en verdaderas migraciones temporales, afectan pues sobre todo a la provincia de Málaga y principalmente a su mitad occidental. Pero aquí, ellas representan efectivos considerables, varios miles, incluso varias decenas de miles de personas venidas de los Montes de Málaga aunque más aún de la Hoya —la agricultura microfundista del pie de monte de Coín-Alhaurín proporciona contingentes muy importantes— y sobre todo de la Serranía de Ronda. Estas montañas, entre las más pobres de Andalucía, constituyen el principal foco emisor de este tipo de desplazamientos a tal punto que la región entera ha vivido esencialmente, en el curso de los últimos años, del dinero venido regularmente de la costa: apenas hay familias que no participan de ello en uno al menos de sus miembros.

Las migraciones estacionales internacionales revisten, desde hace quince años aproximadamente, una amplitud considerable. Ellas ofrecen a la mayor parte de las comarcas de la Andalucía mediterránea un complemento más o menos importante que permite, en suma, el mantenimiento de un cierto número de familias pueblerinas. A excepción de algunos desplazamientos hacia Suiza, todos se dirigen hacia Francia a los grandes trabajos agrícolas. Se pueden discernir aquí tres objetivos principales:

— La campaña de la remolacha hacia el centro de la Cuenca Parísina, el Norte, la Picardía. Ella se subdivide, de hecho, en dos períodos: el primero, primaveral (abril-mayo), es el de la bina y aclarado de la remolacha; es el mejor seguido; el segundo, a finales del verano, está motivado por la recolección. Esta

última suscita muchas menos partidas que antaño, tanto por los progresos de la mecanización como por una posible concurrencia en la estación de la vendimia. Fundamental hasta los últimos años, parece que hoy la campaña remolachera muestra, en conjunto, tendencia a atraer a menos gente.

— La vendimia en el Languedoc-Roussillon parece desde ahora jugar el papel más importante. A diferencia de las migraciones remolacheras únicamente masculinas, éstas pueden afectar igualmente a algunas mujeres.

— Las recogidas de frutas y hortalizas de finales de primavera-principios de verano hacia las comarcas del Agenais y el Roussillon, más raramente hacia el Comtat, conocen finalmente un éxito reciente indiscutible que, en ciertos pueblos, puede tornarse exclusivo. Es sin duda porque ellas se combinan fácilmente con los otros trabajos estacionales y permiten así prolongar la campaña, sin tener que volver a la región. En efecto, si bien un cierto número de estos migrantes están «especializados» en una u otra de las tres operaciones señaladas, muchos tienden a sumarlas pasando de la remolacha a la vendimia por intermedio de la campaña hortícola. Más generalmente, se contentan con sumar la hortícola y la vendimia lo que, a pesar de todo, lleva a cuatro o cinco meses de ausencia.

A pesar de la intervención de las mujeres en la vendimia o en la recolección de las hortalizas, estas migraciones agrícolas hacia Francia siguen siendo esencialmente masculinas: 9 emigrantes de cada 10 son hombres, como media. Su volumen es sin embargo muy importante: 13 a 14 mil personas al año participarían allí, en las tres provincias de Málaga, Granada y Almería, según las fuentes oficiales. De hecho, estas fuentes son bastante incompletas y subestiman, tal vez en la mitad, los efectivos realmente involucrados. Lo que nos lleva a estimar una cifra del orden de los 10.000 individuos únicamente en la Andalucía mediterránea. De hecho, más o menos todas las regiones de la Andalucía mediterránea participan en estas migraciones estacionales hacia Francia. Simplemente, su predilección se afirma en forma diferente hacia una u otra campaña, según los imperativos del calendario agrícola local. Como es normal, las comarcas de viñedo —la Axarquía, la Contraviesa— no se prestan apenas a las migraciones de vendimia y prefieren los trabajos

primaverales de la remolacha o de las hortalizas. Lo contrario ocurre en las zonas de caña de azúcar, en Motril, donde la «zafra» monopoliza en primavera a lo esencial de la mano de obra. Pero, las regiones más pobres del policultivo se acogen indiferentemente a todas las ofertas y acumulan con frecuencia las diferentes campañas.

En definitiva, fácilmente se explica el éxito de estas migraciones hacia Francia: la insuficiencia de los empleos en el lugar no es la única razón y, a veces, los hombres de Guájares prefieren la estación remolachera a la de la «zafra» de Motril, los de la Serranía de Ronda pueden repartirse en la misma época entre Francia y los trabajos de la construcción en la próxima Costa del Sol. Los salarios relativamente elevados que obtienen en el extranjero constituyen una potente razón para su elección: resulta posible acumular en Francia un peculio suficiente al término de algunos meses, mientras que haría falta, en su región, ausentarse por mucho más tiempo para poder obtener el mismo resultado.

Pero, en resumen, bien que sean casi permanentes gracias a un pequeño empleo local, alrededor de las ciudades sobre todo, o sean obtenidas bajo forma de unos ingresos estacionales al precio de desplazamientos más o menos lejanos, las rentas no agrícolas constituyen hoy una pieza vital de la economía campesina. Sostenida por recursos extremos, la agricultura tradicional se ha convertido, de hecho, en una actividad «marginal».

B) UNA AGRICULTURA MARGINAL QUE SE GENERALIZA

La proliferación de las explotaciones agrícolas marginales constituye hoy el rasgo característico de estas tierras. Tal vez no haya en absoluto, en el conjunto de la Andalucía mediterránea, una explotación de cada 10 que viva con suficiencia de sus únicos recursos: además, estas explotaciones «autónomas» se concentran en algunos raros focos privilegiados donde la agricultura tradicional ha cedido el sitio a fórmulas nuevas. En las otras partes, las explotaciones marginales reinan de forma exclusiva.

El censo agrario de 1972 aborda este problema, de forma muy imperfecta, sin duda, pero que permite no obstante imaginar la importancia del fenómeno. Los resultados obtenidos en

relación con el número de las explotaciones marginales son, en efecto, muy inferiores a la realidad, a consecuencia de una definición muy restrictiva que considera únicamente a los jefes de explotaciones que ocupan más de la mitad de su tiempo fuera de la agricultura. Son así excluidos una multitud considerable de casos frecuentes en la región:

— Aquellos donde el jefe de explotación trabaja fuera durante menos de la mitad del año, aportando del exterior la mayor parte de las rentas familiares: un cierto número de migraciones estacionales de dos a tres meses —en Francia hacia la costa— entran en esta categoría.

— Aquellos donde, incluso cuando el agricultor no abandona la explotación, los ingresos del exterior son obtenidos por miembros de la familia, un hijo o una hija, a veces varios.

— Aquellos donde el propio explotante, si no trabaja fuera, se beneficia de una ayuda notable. Se trata sobre todo de tenencias conducidas por personas de edad que con frecuencia reciben el fruto de alguna pensión o envíos más o menos regulares de dinero de parte de los hijos emigrados.

Pues bien, a pesar de las múltiples omisiones, el censo llega no obstante en el conjunto de la región a la cifra sorprendente de 50,6% de las explotaciones en las que el jefe ocupa más de la mitad de su tiempo en el exterior. Salvo algunas zonas de vegas litorales, raros son los sectores donde la tasa de agricultura a tiempo parcial así definida desciende por debajo de estos valores. Por el contrario, en la mayoría de los casos, en las laderas, en la montaña, son 2 explotaciones de cada 3, incluso 3 de cada 4 (Guájares, Valle de Leqrín) las que aparecen así bajo forma de unidades agrícolas accesorias. No existe ninguna duda de que si se añaden a este total el cúmulo de casos enumerados anteriormente que el censo no tiene en consideración, se llega a definir globalmente a la agricultura regional como una agricultura asistida. En definitiva, la inmensa mayoría de las explotaciones en muchos pueblos puede repartirse en dos categorías principales.

Las explotaciones a tiempo parcial que, ya sea por su jefe, ya sea por uno o varios miembros de la familia, se benefician de rentas no agrícolas que, casi siempre, se revelan muy superiores a las que proporciona la agricultura. La explotación desde ahora no proporciona más que los recursos complementarios: el alo-

jamiento, una base indispensable de autoconsumo y algunas ventas. Ella permanece irremplazable para el equilibrio del presupuesto familiar —no se podría vivir únicamente de las rentas exteriores— como desde el punto de vista del sentimentalismo de la tierra que caracteriza al campesino, pero ha cesado de ser el verdadero fundamento de la economía doméstica y, con ello, de la vida rural.

Estas explotaciones, desde ahora, son las más numerosas. Se distinguirán entre ellas aquéllas donde se realiza una asociación permanente, una alternancia cotidiana entre la actividad agrícola y un empleo exterior. Encuéntraselas sobre todo alrededor de las ciudades o cerca de poblaciones de alguna importancia.

He aquí, por ejemplo, la explotación de P. en Triana, un pequeño pueblo a una decena de kilómetros al noroeste de Vélez. Es una explotación media para la región, es decir minúscula: 4,25 Ha de las que 4 en viña y 0,25 en hortalizas. Procura una renta neta anual del orden de las 38.000 pesetas en 1972, una vez descontadas las únicas cargas esenciales (abonos, recurso a algunos jornaleros). Es este un resultado muy insuficiente para una familia de cinco personas y P. debe desplazarse diariamente a Vélez donde se emplea, a media jornada, en la cooperativa agrícola por un salario mensual de 7.200 pesetas. En total, la explotación cubre apenas un 30% del presupuesto familiar.

En el otro extremo de la región, en Alhama de Almería, en el corazón del Andárrax de los emparrados, una explotación de cada dos realiza una asociación permanente del mismo tipo y retira de la actividad agraria la mayor parte de los ingresos familiares. Lo mismo sucede alrededor de Almería, en los Montes de Málaga, incluso a veces en la Hoya.

Más frecuentes aún son las explotaciones que viven del peculio reportado por las breves migraciones estacionales. Estas existen en todas partes, pero dominan sobre todo en las tierras retiradas, alejadas de las poblaciones importantes y de sus empleos. Los Guájares, la Serranía de Ronda ofrecerían los mejores ejemplos.

Tomemos el caso, en esta última región, de una explotación-tipo, la de R., en Parauta: 12 ha. de las cuales 8 de «monte» que alimentan solamente a algunas cabras. Las 4 ha. de cultivos producen sobre todo cereales y leguminosas, a los cuales conviene añadir el producto de un pequeño olivar y de un castaño. Deberían hacer vivir a ocho personas, pero no proporcionan de hecho sino el cuarto de los ingresos. Lo esencial —los 3/4— proviene del peculio obtenido por tres a cuatro meses de trabajo en la Costa del Sol en alguna empresa de construcción.

Se encontrarían en otras partes, incluso en las regiones ricas, ejemplos tan numerosos: en el Valle de Lecrín, principalmente, donde se generalizan las migraciones estacionales hacia Francia, en el pie de monte de Coín-Alhaurín, en el borde de la Hoya de Málaga, donde la mayor parte de los jóvenes van regularmente «a la costa», a la construcción, dejando al padre, jefe de explotación, ocuparse de la «finca» hortícola o frutícola.

Las explotaciones-retiro, finalmente, constituyen, al lado de la verdadera agricultura a tiempo parcial, un fenómeno cada vez más frecuente. Resultan de la emigración definitiva de los jóvenes y del envejecimiento de la población agrícola. Es normalmente en las comarcas más desheredadas, en los sistemas más desprovistos de porvenir, donde ellas se muestran más numerosas. El producto de la pensión de vejez que completan frecuentemente los envíos de hijos emigrados, constituye en muchos casos la pieza esencial de los recursos.

El Medio Andárrax, alrededor de Canjáyar u Ohanes ofrece múltiples ejemplos de este tipo. En el municipio de Ohanes, 45% de las explotaciones —86 de 190— están conducidas por retirados: su proporción se eleva incluso al 76% de los casos si no se considera más que las explotaciones muy pequeñas. La Serranía de Ronda es igualmente un foco importante, así como la Alpujarra, de esta forma degradada de agricultura.

De hecho, con harta frecuencia, las familias campesinas acumulan varios ingresos exteriores: así este pequeño agricultor de Ohanes que se beneficia tanto de las rentas de una modesta tienda de comestibles como del peculio producido por estancias

regulares en Francia para la recogida de hortalizas en Lot-et-Garonne y, finalmente, de la jubilación del padre. Muchas explotaciones no constituyen casos puros, aunque todas participan de esta agricultura asistida, donde el producto de la tierra no interviene más que accesoriamente en la economía familiar.

CONCLUSION

La agricultura tradicional está irremediablemente perdida. Ya no sobrevive más que de actividades residuales. Arruinada por el éxodo rural, debilitada incluso, para aquéllos que quedan, por la emigración temporal, el campesinado ha renunciado ante una fatalidad implacable que le niega cualquier futuro.

En la mayor parte de la Andalucía mediterránea, en la montaña, en las laderas, a veces incluso en las cuencas la agricultura tradicional está condenada por no disponer de una vía posible de modernización: la naturaleza, por su rudeza y sus insuficiencias, se opone allí radicalmente; la sociedad demasiado menuda se suma aún, por su pobreza, a la imposibilidad de emprender, de progresar, en el caso excepcional en que las limitaciones físicas lo permitieran.

Su supervivencia, gracias al recurso a fuentes de ingresos exteriores sobre los cuales reposa todo desde ahora, está sin duda igualmente comprometida. El aislamiento y la insuficiencia de la armadura urbana en el corazón mismo de estas comarcas desheredadas llevan consigo la condena a largo plazo del sistema que prevalece hoy día. No existen empleos no agrícolas para apoyar o relevar eficazmente a las actividades agrarias que aún perviven. La agricultura marginal actual no puede perpetuarse indefinidamente si la ausencia de empleos, en el propio lugar, empuja a ir a buscar lejos, regularmente, los únicos medios para poder subsistir: el sistema desemboca a la larga en el éxodo definitivo y el abandono total.

En el fondo, todo ello está ya inscrito en la naturaleza de la comarca, en sus secas pendientes, sus flacos suelos, su pobre sociedad. En la mayor parte de la región, la agricultura no podría existir sino bajo sus rasgos tradicionales... o renunciar.

Pocas tierras escapan a este destino:

— Las que no sufren de «bloqueos» naturales, disponiendo de agua y de buenos suelos para poder contemplar formas nuevas de agricultura.

— Las que finalmente disfrutan de la proximidad de ciudades dinámicas, beneficiándose de la impulsión urbana y de su maná de empleos nuevos.

Es trazar aquí, de hecho, límites muy estrechos alrededor de las llanuras litorales únicamente, aquéllas al menos donde la urbanización reciente y las nuevas empresas agrícolas hacen nacer la esperanza de una viva renovación.